

# LAS DOS MANOS DEL PADRE. EL DOBLE MOVIMIENTO DE LA ALIANZA SALVÍFICA, EN LA MISIÓN CONJUNTA E INSEPARABLE DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU SANTO, COMO “*INCARNATIO IN FIERI*”

J. FERRER ARELLANO  
Madrid 1999.

I. INTRODUCCIÓN. II. LAS MISIONES DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU COMO LAS DOS MANOS DEL PADRE QUE TODO LO RECAPITULA EN CRISTO POR LA FUERZA DEL ESPÍRITU. A. TEOLOGÍA Y ECONOMÍA TRINITARIAS. 1. *Las dos manos del Padre en la Creación*. 2. *Las dos manos del Padre en la historia de la salvación: la doble misión del Hijo y del Espíritu que recapitula la humanidad caída bajo la capitalidad del Nuevo Adán*. B. OPERACIONES AD EXTRA Y MISIONES TRINITARIAS. 1. *Elevación sobrenatural y misiones trinitarias*. 2. *El doble movimiento de la alianza salvífica en las misiones trinitarias*. III. LAS TRES FASES -EN SU DOBLE MOVIMIENTO, DESCENDENTE (DE DIOS AL HOMBRE) Y DE RETORNO (DEL HOMBRE A DIOS)- DE LA DOBLE MISIÓN DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU EN LA HISTORIA SALVÍFICA HASTA SU CONSUMACIÓN FINAL. A. VERBUM INCARNANDUM. 1. *La antigua alianza como encarnación antes de la Encarnación*. 2. *Las teofanías del Verbo en el Espíritu en el Antiguo Testamento, y el doble movimiento de la Alianza*. a/ El movimiento descendente (synkatabasis) -de Dios al hombre- de la doble misión del Verbo y el Espíritu, Su Presencia salvífica (Schekinah) en Israel asegurada por las “gracias de mediación” sacerdotal, profética y regal. b/ Movimiento ascendente de retorno al Padre: Merkabah. B. VERBUM INCARNATUM. 1. *La recapitulación de todo en Cristo, nuevo Adán*. 2. *El doble movimiento de la misión del Verbo y del Espíritu en la Encarnación redentora*. a) Movimiento descendente (“Exitus”). Cristo constituido mediador de la nueva alianza en misteriosa solidaridad con todos los hombres como cabeza potencial de la nueva humanidad -nuevo Adán- por obra del Espíritu. b) Movimiento ascendente (reditus) del progreso histórico de la humanidad de Cristo por obra del Espíritu hasta la consumación pascual. C. PLEROMA VERBI INCARNATI. 1. *En que sentido se puede y se debe hablar de una Encarnación continuada, evitando todo pancristismo*. 2. *El doble movimiento de las misiones trinitarias en el origen y desarrollo de la Iglesia hasta su consumación final* a) Movimiento descendente. Las gracias de mediación como don del Esposo. (Dimensión petrina de la Iglesia). b) Movimiento ascendente. El crecimiento del Reino de Dios por las gracias de santificación en la “communio sanctorum”. (Dimensión mariana de la Iglesia). D. LA DOBLE MISIÓN DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU EN LA ESCATOLÓGICA RECAPITULACIÓN DE TODO EN CRISTO. CONCLUSIÓN.

## I. INTRODUCCIÓN

Este estudio ha sido sugerido por la lectura atenta de la invitación que S. S. Juan Pablo II hace a la Iglesia a consagrar de modo especial a la primera persona de la Santísima Trinidad, este tercer año de la fase preparatoria al próximo jubileo del año dos mil. En los dos años anteriores del trienio preparatorio, invitaba el Papa a fomentar especialmente la *fe* (el 96 dedicado a Cristo) y la “*esperanza* en la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos” (el 97, consagrado al Espíritu Santo, “Aquel que constituye el Reino de Dios en el curso de la historia”, hasta su plenitud escatológica).

<<El gran Jubileo que concluirá el segundo milenio -escribía en la Encíclica *Dominum et vivificantem*- (...) tiene una dimensión pneumatológica, ya que *el misterio de la Encarnación se realizó por obra y gracia del Espíritu Santo*. Lo realizó aquél Espíritu que -consustancial al Padre y al Hijo- es, en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-amor, el don increado, *fuerza eterna de toda dádiva* que proviene de Dios *en el orden de la creación*, el principio directo y, en cierto modo, el *sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia*. *El misterio de la Encarnación constituye el culmen* de esta dádiva y de esta autocomunicación divina<sup>1</sup>.

>>El Espíritu es Aquel que *construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo*, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las *semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos*.

>>Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que *poseemos las primicias del Espíritu*, nosotros mismos gemimos en nuestro interior *anhelando el rescate de nuestro cuerpo*. Porque nuestra salvación es en la *esperanza*>> (Rm 8, 22-24). Los cristianos están llamados a prepararse al Gran Jubileo del inicio del tercer milenio *renovando su esperanza en la venida definitiva del Reino de Dios*, preparándolo día a día en su corazón<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Carta Enc. *Dominum et vivificantem* (18 Mayo 1986), 50: AAS 78 (1986), 869-870).

<sup>2</sup> *Tertio milenio adveniente*, nn. 44-48. Los subrayados son míos.

<<El 1999, *tercer y último año preparatorio* (del Jubileo del tercer milenio), tendrá la función de ampliar los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: *la visión del -Padre celestial-* (cf. Mt 5, 45),

por quien fue enviado y a quien retornará (cf. Jn 16, 28). (...) Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3). Toda la vida cristiana es como una *gran peregrinación hacia la casa del Padre*. (...) En este tercer año el sentido del <<camino hacia el Padre>> deberá llevar a todos a emprender, en la adhesión a Cristo Redentor del hombre, un camino de auténtica *conversión como exigencia imprescindible del amor cristiano* es particularmente importante en la sociedad actual, donde con frecuencia parecen desvanecerse los fundamentos mismos de una visión ética de la existencia humana. En este año 99 será, por tanto, oportuno resaltar la virtud teologal de la *caridad*, síntesis de la vida moral del *creyente que tiene en Dios Padre su fuente y su meta*>><sup>3</sup>.

Es fácil advertir en esta *invitación* que hace el supremo pastor de la Iglesia *a reavivar la esperanza en la plena realización del designio salvífico de Dios* -que se presenta como un progresivo *retorno* a la casa del Padre hasta la plena comunión con Dios (que *la caridad* opera) de los hijos de Dios dispersos por el “caos del pecado” (Cfr. CEC 761) *mediante el doble envío del Verbo y el Espíritu Santo*-, la siguiente *secuencia de proposiciones teológicas* (en el contexto de su rico magisterio)<sup>4</sup>:

1) *La Encarnación del Verbo por obra del Espíritu es la culminación de un proceso que la prepara y anticipa, que comienza a las puertas del Paraíso* perdido por el pecado de los orígenes (*Gen 3. 15*), *abarca la historia entera* -que es historia salvífica-, *y no concluirá hasta el escatológico advenimiento del Reino consumado*, cuando Dios sea, en la “plenitud de Cristo” (Ef 1, 22-23) (la Iglesia del Verbo encarnado, de la Jerusalén celestial), todo en todos; y haya puesto a todos sus enemigos, por la fuerza del Espíritu, debajo de sus pies (1 Cor 15, 25 ss).

2) *Este proceso puede ser calificado de "Incarnatio in fieri"*. Esta conocida expresión, inspirada en S. Ireneo, es tan sugerente como legítima, siempre que se entienda el devenir *no en sentido determinista* -físicista o dialéctico hegeliano<sup>5</sup>.- *sino histórico bíblico*.

La obra salvífica de Dios es histórica. *La historia profana y la historia salvífica son en realidad dos dimensiones -orden de la creación y orden de la gracia- de una historia única*. Se lleva a cabo a través de *una sucesión de acontecimientos libres* -que emergen del concurso de la Libertad increada y, fundada en ella, de la libertad creada- situados en el tiempo, *que aportan algo nuevo y producen algún cambio*. Son los *kairoi*, los tiempos dispuestos y propicios, para un acontecimiento dado (cf. Mc 1, 15; Gál 4, 4; Ef 1, 10). La historia es -como dice acertadamente L. Polo- un discontinuo de comienzos libres<sup>6</sup>.

Las etapas históricas señaladas por los acontecimientos son verdaderos momentos

---

3 Ibid, nn 50-51. Como la caridad supone la justicia (de la que es “*quaedam plenitudo*” (S. Th. I, 21, 3, 3) invita el Papa a los cristianos -siguiendo el espíritu de la institución del año jubilar del Antiguo Testamento (Lev 25, 8-28)- a un mayor compromiso por reducir las injustas desigualdades sociales y económicas, fuente de conflictos, haciéndose voz de todos los pobres del mundo, proponiendo una condonación o reducción de la deuda internacional, y a avanzar en el respeto de los derechos de la mujer y en la promoción de la familia y el matrimonio (n51).

Propone, además, otros dos compromisos ineludibles para este tercer año 99: la confrontación con el secularismo promoviendo la civilización del amor, que encuentra en Cristo su plena realización; y avanzar en el diálogo interreligioso, en especial con las grandes religiones monoteístas, con encuentros en lugares significativos, como Belén, Jerusalén y Sinaí (nn. 52-53).<sup>3</sup>

<sup>4</sup> Aquí citaremos sus cartas magiosterials por las iniciales (p. ej.: *Mulieris dignitatem*, MD) y sus *catequesis sobre el Credo de las Audiencias generales*, por la fecha (p. ej.: AG 25-IX-1985).

<sup>5</sup> HEGEL desfigura la Revelación bíblica en clave inmanentista, inspirada en SPINOZA y en la gnosis dialéctica de J. BÖHME. Cfr. V. H. VON BALTHASAR, *Teológica*, 3. *El Espíritu de verdad*, Madrid 1998, 153 ss. En cuanto al influjo de J. Böhme, véase la conocida obra sobre Hegel de C. FABRO. Tampoco entiendo esa expresión como una evolución ascendente y universal desde el átomo hasta el Cristo cósmico, punto omega de un proceso inmanente expuesto a la amnera de Teilhard- con un lenguaje poético cuya ambigüedad parece sugerir un inmanentismo radical sin trascendencia creadora y gratuidad en el designio salvífico sobrenatural que culmina en el misterio de la recapitulación de todo en Cristo. (Me ha parecido conveniente hacer esta aclaración -que parece innecesaria- para salir al paso de malentendidos -así lo he podido comprobar-, que puedan dar lugar a un rechazo de la expresión “*incarnatio in fieri*”)

<sup>6</sup> Cfr. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona 1991, 41 600 y passim. O. CULLMANN, *La salut dans l'Histoire*, Neuchatel 1996, 198 ss. Cfr. sobre la dimensión histórica del hombre, J. FERRER ARELLANO, *Metafísica de la relación y de la alteridad*, Pamplona c. II, 1998 (Eunsa).

cualitativamente distintos, en progresión creciente extensiva e intensiva *de la autocomunicación de Dios*; tanto en la preparación de la Encarnación, como en su realización en la existencia histórica de Jesucristo (se produjeron venidas sucesivas del Espíritu sobre Jesús hasta su consumación pascual) y en el ulterior despliegue de su plenitud desbordante, por el ministerio de la Iglesia peregrina -como sacramento universal de salvación-, hasta la escatológica recapitulación (Ef 1, 10) de todo en el *Cristo total*, en un universo transfigurado al fin de la historia salvífica.

3) *Esa culminación tiene dos fases*: en Cristo la cumbre del progreso se da ya, virtualmente, *en la consumación del misterio Pascual*. Comienzan con El, los tiempos escatológicos (*la plenitud de los tiempos*). Lo acontecido después de la Pascua del Señor es *mero despliegue de su plenitud desbordante hasta la formación del Cristo total*, cuando se complete el número de los elegidos en un universo transfigurado: nuevos cielos y nueva tierra.

4) En ese proceso histórico intervienen las Personas del *Verbo y el Espíritu* -"las dos manos del Padre" (S. Ireneo. Cfr. CEC, 53)-, tanto en la *creación* como en la *doble misión salvífica* de ambas -de manera siempre conjunta e inseparable- en la *autocomunicación por la gracia* de la Trinidad al hombre y -en virtud de su relación con él, por redundancia- a la creación entera.

5) La autocomunicación salvífica de la Trinidad en Jesucristo se realiza con *el doble movimiento de la alianza salvífica de Dios con el hombre*,<sup>7</sup> cuyas fases previas (Noé, Abraham, Moisés) preparan la nueva y definitiva alianza en la Sangre de Cristo: *descendente* (don del esposo) y *ascendente* (don de la esposa).

El *primero -descendente*, que *se cumple por gracias de mediación*- coincide con la *doble misión visible*<sup>8</sup> del Verbo y del Espíritu que culmina en la Encarnación a lo largo de toda la existencia histórica redentora de Jesús hasta su consumación en Pascua y Pentecostés, y continúa sacramentalmente presente en la Iglesia como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada (LG 11). Perteneció al orden -*descendente*- de la *redención adquisitiva* como oferta de salvación a la libertad humana. (A)

El *segundo -de retorno*, que *se cumple por gracias de santificación*, que requieren la libre cooperación humana, cuyo ejemplar trascendente es el "fiat" de la Virgen de Nazareth (Lc 1, 38), y el "ecce venio" (Heb 10, 7) de la humanidad del Verbo encarnado- es obra de *las misiones invisibles* del Espíritu y del Verbo que recapitulan progresivamente bajo Cristo como nueva Cabeza de la humanidad caída y por El redimida -como nuevo Adán- constituyéndole "en pueblo de conquista" (1 Pe 2, 9) de Dios Padre -que establece el Reino mesiánico- con el concurso de la libertad humana. Perteneció al orden -*ascendente*- de la redención subjetiva de retorno salvífico al Padre por la gracia justificante. (B)

A. El *proceso descendente*, que coincide con la *doble misión visible del Verbo y del Espíritu Santo*, comienza a realizarse de modo dispositivo-incoativo en las puertas del Paraíso,

7

<sup>8</sup> Visible de modo intermitente en las teofanías y tipos de la antigua disposición, sólo discernible en su pleno sentido misterioso a la luz del nuevo testamento, y -en cuanto a la misión del Espíritu en la vida del Cristo, en Nazareth, el Jordán, y el Tabor. *La misión visible del Verbo en la carne de Cristo* es acompañada -durante su existencia histórica redentora impulsada por el Espíritu- de una *visibilidad intermitente del Espíritu* que inhabitaba su Humanidad santísima (en la *sombra* que cubre a María en el *fiat* de la Encarnación (Cfr. CEC, 697), la *paloma* del bautismo en el Jordán, o la *nube* de la transfiguración- hasta el *fuego* y el *viento* impetuoso de Pentecostés. Es entonces en la plenitud de la Pascua cuando es plenamente constituido Jesús en nuevo Adán y Cabeza potencial de la humanidad rescatada). *Calificamos de visible* -perceptible por los sentidos (cfr. nt 13)- *el proceso descendente de la doble misión en sentido lato*, en cuanto se manifestaba intermitentemente en la antigua ley por teofanías, prefiguraciones típicas en un proceso que permanece oculto (Cfr. CEC 703), pero discernible como tal solo a la luz del NT. Tampoco las misiones invisibles de la gracia de habitación, son puramente invisibles, pues a veces tienen manifestaciones carismáticas llamativas y -en todo caso- se manifiestan corpóreamente en el rostro y el comportamiento humano, que reflejan a Cristo de modo cuasi-sacramental. La visibilidad no es, sin embargo, oficial o funcional de la persona -en ese sentido es menos perceptible en sí misma-.

K. Rahner insiste en la perceptibilidad histórica de la gracia increada en la Palabra a lo largo de toda la historia salvífica, que califica en términos de cuasi-sacramentalidad ahí donde no alcanza su plenitud en las autorrealizaciones necesarias de la Iglesia en los sacramentos. El número septenario constituye un remedio y un impulso sobrenatural para cada una de las necesidades fundamentales de la vida cristiana, como ha advertido progresivamente la tradición teológica, y definitivamente fijada, tanto en occidente como en oriente en el S. XII. (K. RAHNER, *La iglesia y los sacramentos*, Barcelona 1970. Cfr. también SCHILLEBECK, *La Iglesia sacramento del encuentro con Cristo*, Bilbao 1967.

como anuncia el Protoevangelio; si bien *adquiere perceptibilidad histórica discernible a partir de la vocación de Abraham*, especialmente en las teofanías, en el arca de la alianza, y en los personajes elegidos -guías y conductores del pueblo, profetas, sacerdotes- que *prefigurando e incoan la presencia visible salvífica del Verbo encarnado*, Mediador, sacerdote, profeta y rey "*nondum incarnatum, sed incarnandum*", antes de la plena misión visible del Verbo y del Espíritu en la Encarnación y en Pentecostés.

B. "*Consumada la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra* (cf. Jn 17, 4), *fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu*" (cf. Ef 2, 18) (LG 4a).

*La misión visible del Espíritu en Pentecostés, es la manifestación sensible de su misión invisible a lo largo de toda la historia salvífica* -siempre conjunta e inseparable de la del Verbo-, que habitan -con el Padre que los envía, en la unidad de la "*perikoresis*" trinitaria- en los corazones que libremente acojan el Don salvífico ofrecido a la descendencia entera de Adán, de todas las etnias, lenguas y épocas (de muy diversas formas -algunas conocidas sólo por Dios-). Es el *proceso ascendente de la redención aplicada o subjetiva de los hombres* -uno a uno- que redonda en el cosmos de manera oculta (en virtud de *las semillas y primicias del Espíritu*) hasta su plena consumación en los nuevos cielos y nueva tierra del Universo transfigurado haciéndoles partícipes de la plenitud de gracia capital de la humanidad de Cristo.

*Este proceso ascendente de retorno al Padre en la unidad del Cristo total, abarca la historia entera, desde las puertas del Paraíso perdido, hasta el Reino consumado metahistórico de la Jerusalén celestial*, que es historia salvífica: la historia de la progresiva formación del Cristo total, de la recapitulación de todo en Cristo, cuando Dios sea todo en todo, desde el justo Abel hasta el último de los elegidos. *En este proceso de retorno el orden de las misiones invisibles es inverso al de las procesiones trinitarias y sus misiones visibles.*

6) Las *gracias de mediación jerárquicas y carismáticas* (A), siempre bajo la impronta de la *dimensión petrina* de la Iglesia -que alcanza, en el límite, el *opus operatum*, en la verdad (infallibilidad), y en la vida (sacramentos)- *son participaciones de la unción de Jesús por el Espíritu Santo*. El "*actúa*" la *unión hipostática* del Verbo con su Humanidad que la constituye en pontífice mediador entre Dios y los hombres -como sacerdote, profeta y rey- que es la raíz de la *plenitud de gracia* creada por la que el Espíritu Santo santifica su Humanidad Santísima -en una plenitud ascendente hasta la consumación pascual- como Cabeza de la humanidad redimida, "*llena de gracia y de verdad*". De esta plenitud capital de mediación (*Unus Mediator*, 1 Tim 2, 5)) y de vida, todos recibimos gracia tras gracia (Jn 1, 14), por obra del Espíritu Santo que se derrama del costado abierto de Cristo (haciéndonos partícipes de mediación de verdad y gracia de Cristo).

(*Antes de Cristo venido había ya esbozos prefigurantes de la Unción del Mesías por el Espíritu en la unción sacerdotal profética o regal de personajes que lo anunciaban tipológicamente en la antigua alianza y disponían a su advenimiento, anticipando su virtualidad salvífica.*)

Las *gracias de santificación* -que arrancan del Protoevangelio (Gen 3, 15)- (B) pertenecen a la *dimensión mariana de la Iglesia*, prefigurada por *otra línea tipológica* centrada en *personajes femeninos* y en *vaticinios proféticos* en torno al tema recurrente "*hija de Sión*" que preparan y anuncian la *mediación materna de María*, el *don de la Esposa que se ejerce y manifiesta en la Iglesia esposa de Cristo, en su dimensión mariana* (el que Urs Von Balthasar llama *su rostro mariano*), en virtud de las gracias de santificación por las que aporta el don de la Esposa -con una maternidad virginal tipificada, y hecha posible, por la de María en virtud del misterio de su mediación materna (egregiamente espuesto por la Encíclica "*Redemptoris Mater*" de Juan Pablo II)-, para que se realice la obra de la salvación, unida en abrazo conyugal del Esposo en virtud del misterio eucarístico (S. Agustín, Psalm. 74, 4).

7) *La misión salvífica del Espíritu -don del Esposo-* es el fruto de la consumación de la misión visible redentora -la Encarnación redentora- del Hijo -guiada e impulsada por el Espíritu eterno (Heb 9, 14)- en la Pascua del Señor (*fruto de la cruz*, según la sugerente y lacónica expresión del Beato

Josemaría E.). Es el Don fontal *-fons vivus, spiritualis unctio-* que otorga sus dones jerárquicos (o ministeriales) y carismáticos (LG 4) a cada miembro, según su personal participación en la misión de la Iglesia. Estos dones son -en unidad estructural orgánica (LG 11)-, *otras tantas participaciones de la mediación teándrica de Cristo* que capacitan a quienes las reciben a cooperar a la obra de la salvación de sus hermanos que la caridad (la vida sobrenatural de la gracia) opera. Ya antes de Cristo venido se dieron formas de mediación que anunciaban, disponían y anticipaban -con virtualidad salvífica- aquella fontal mediación del "Unus mediator" (1 Tim 2, 5).

Son diversas expresiones del *Don del Esposo (movimiento descendente de la alianza en la misión conjunta del Verbo y del Espíritu)*, que hacen posible -capacitan- y reclaman el *don de la Esposa (movimiento ascendente de la misma)*, para cooperar con el Esposo en la trasmisión de vida sobrenatural, en orden a la *génesis y formación del nuevo Pueblo de Dios Padre*, contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su propia vocación particular<sup>9</sup>, que participa de la misión de la Iglesia, sacramento de la misión del Verbo y el Espíritu.

*La estructura orgánica de la Iglesia institucional que forman las gracias jerárquicas y carismáticas de mediación* -siempre bajo la impronta de la *dimensión petrina* de la Iglesia- está al servicio de la *comunidad salvífica de caridad* de los hombres con Dios y entre sí, *que se actualiza en la libre respuesta del amor fiel de la Esposa* con su propio don -actualizado por las gracias de santificación- al don del Esposo<sup>10</sup>. A esta dimensión corresponde el *rostro mariano* de la Iglesia, en tanto que Esposa de Cristo<sup>11</sup>.

*La imagen de la Mujer-Esposa alude a este "misterio" (Ef 5,32) el más íntimo de la Iglesia, verdadera razón formal de su existencia, como culminación que es del misterio de la "alianza" salvífica.* Se trata siempre de la voluntad divina de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, para que todos cooperaran con El -para decirlo con la conocida formulación de la Encíclica de Pío XII "Mystici Corporis" (AAS,1943,217)- a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. "No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada".

8) La realización procesual histórica del designio salvífico de la Trinidad precisa de la *libre cooperación de la libertad creada que acepta el don de Dios* en los *dos movimientos, ascendente y descendente* o de retorno de la doble e inseparable misión. Ante todo de la Humanidad del Verbo

---

<sup>9</sup>JUAN PABLO II hace referencia a éste doble aspecto de la participación en la Capitalidad de Cristo, de mediación y de vida de gracia, en este texto de "*Mulieris dignitatem*" (n.27): "La unión orgánica de la Iglesia como Pueblo de Dios con Cristo expresa el "gran misterio" de la Carta a los Efesios: la Esposa unida a su Esposo. Unida, porque vive su vida; unida porque participa de su triple misión -"tria munera Christi"- (es decir, de su Mediación)... En el ámbito del "gran misterio" de la Iglesia, todos están llamados a responder -como una esposa- con el don de sí, al don inefable del amor de Cristo Redentor, único Esposo de la Iglesia. Así se expresa el sacerdocio real, que es universal, que concierne, obviamente, también a los que reciben el sacerdocio ministerial".

El ministerio ordenado, en efecto, tiene la función de asegurar de modo infalible ("*opus operatum*") la presencia del don salvífico de Cristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia, "para hacer que el entero pueblo sacerdotal de Dios pueda ofrecer su culto y oblación espiritual" como don de la Esposa (Mons.A.del PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid, 1970,115). De ahí la ineludible necesidad del ministerio ordenado (su "prioridad funcional" en terminología de Pedro Rodríguez (vide infra), que está al servicio de la "prioridad sustancial" del sacerdocio común, en cuya actuación se obtiene la comunión salvífica con Dios: la santidad a la que todos están llamados).

<sup>10</sup> <<En la Iglesia esta comunión de los hombres con Dios por "la caridad que no pasará jamás" (1 Co 13, 8) es la finalidad que ordena todo lo que en ella es medio sacramental ligado a este mundo que pasa (cf LG 48). "Su estructura está totalmente ordenada a la santidad de los miembros de Cristo. Y la santidad se aprecia en función del gran Misterio en el que la Esposa responde con el don del amor al don del Esposo" (MD 27). María nos precede a todos en la santidad que es el misterio de la Iglesia como la "Esposa sin tacha ni arruga" (Ef 5, 27). Por eso "*la dimensión mariana* de la Iglesia precede a su *dimensión petrina*>> (Ibid). (CEC 773)

<sup>11</sup> Las primeras -a diferencia de las segundas- admiten un mal uso o abuso. Son gracias, *gratis datae*, "*podere*s" derivados de la *euxosia* de Cristo que se otorgan para el bien de los demás -de modo directo, pues su buen uso es fuente de santificación personal-; no "buenas cualidades de la mente" o "hábitos buenos", entitativos y operativos -a manera de impronta creada de la gracia increada de inhabitación-, que santifican directamente a quien los recibe. Son gracias de santificación -*gratum facientes*- (integradas en el organismo sobrenatural de la gracia de las virtudes y dobles del Espíritu Santo, magistralmente estudiada por Tomás de Aquino en la "Secunda Secundae" de la "Summa Theologiae") con las que "*recte vivitur et nemo male utitur*", según la conocida fórmula agustiniana (*De libero arb.* II, 18 y 19). No ocurre lo mismo con los *carismas* (que no son sino concreciones de la misión genérica -cultural, santificadora-, a la que capacitan, facultan y obligan los *caracteres sacramentales*), de los que pueden, como es obvio, quienes los reciben, abusar o ejercer mal "*in corum perniciem*", según la conocida expresión de S. Agustín, muy repetida en la controversia donatista.

encarnado nuestro redentor, y la de María (a la que quiso asociar, en representación de toda la humanidad, como nueva Eva -madre de los vivientes- en la restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes).

Pero aquella redención se hace efectiva con la libre cooperación de los redimidos para que se realice la obra de la redención.

*El "fiat" de María en la Anunciación*, mantenido a lo largo de toda su vida, *es el modelo luminoso de la relación personal entre Dios y todo hombre*, en la que éste encuentra su plenitud espiritual, según el paradigma de la unión o alianza nupcial de Dios con la humanidad<sup>12</sup>. Por eso ha sido calificada como *dimensión mariana* de la Iglesia.

Tal es *la ley de la alianza nupcial* de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: *esponsales* en la Encarnación (el "*ecce venio*" (Heb 10, 7) del ingreso del Verbo encarnado en este mundo en el instante del sí de María, que sigue al "*ecce ancilla*" (Lc 1, 38)), *bodas* en el Calvario (los desposorios con la Iglesia naciente que adquiere con el don de su vida entregándole como arras el don de su Espíritu) y *consumación de la bodas* en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y *anticipación sacramental del las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo*, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf.Ap 21,2). La historia humana y salvífica pasa por esa inefable experiencia de la comunión esponsal acompañada de sensaciones y sentimientos que la naturaleza sugiere como existencialmente indisoluble, fiel y abierta a una fecundidad que asegure la pervivencia del hombre y la sociedad en la historia; y que la Palabra ha puesto como el símbolo más expresivo de la historia de la Salvación -y de la eterna beatitud- en las diversas etapas de la alianza nupcial de Dios con los hombres, que culmina en el misterio de la Iglesia-esposa<sup>13</sup>. Entre el encanto de los esponsales de Adán y Eva, punto de partida de toda la instrucción que Dios ha dado a la humanidad, hasta la consumación del amor beatificante de la nueva Jerusalén escatológica del Apocalipsis, toda esa larga "aclimatización" o acostumbramiento (S.Ireneo (cit. en CEC, n.53)) del hombre a Dios y de Dios al hombre que es la historia salvífica está relatada en la Biblia en términos de alianza nupcial, de desposorios de Dios con la humanidad, que preparan las nupcias de Cristo con la Iglesia en la Cruz salvadora.<sup>14</sup>

He aquí -en apretada síntesis -algunos de cuyos aspectos fundamentales glosó a continuación- la *teología propuesta en el riquísimo magisterio de Juan Pablo II*, en buena parte recogido en la Catecismo de la Iglesia Católica (cit. CEC). *Si se le presta más atención*, estoy convencido que *se evitarían muchos reduccionismos de un empobrecedor racionalismo*, con frecuencia asfixiante -uno de cuyos síntomas es la casi ausencia de María en el discurso teológico<sup>15</sup>, que dificulta notablemente, a mi parecer, la causa

---

<sup>12</sup>AG, 18-IV-1990, 6. Cfr. JUAN PABLO II, *El Espíritu Santo*, catequesis de las audiencias generales, Madrid, Palabra, 1996, 1998.

<sup>13</sup> *El amor de Dios al hombre es frecuentemente expresado en la Escritura* (cf. Os 2,16-25; Is 50,1; 54,4-8; 62,4-9; Jer 2,1-2; 3,1-6-12) mediante esta analogía del amor del hombre a la mujer. La mujer-esposa es Israel, pueblo elegido por el amor gratuito de Dios, con el que Dios establece una alianza nupcial a la cual El permanece siempre fiel, pese a las repetidas infidelidades de su esposa. Esta imagen de amor esponsal culmina en Cristo, que es saludado como esposo por Juan Bautista (cf. Jn 3,17-19) y se aplica a Sí mismo esta comparación tomada de los profetas (cf. Mc 2,19-20). Pero es en la Carta a los Efesios donde encuentra su plenitud esa imagen de amor esponsal: "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella" (Ef.5,25). La unión de Cristo con la Iglesia no sólo es explicada por la analogía del amor nupcial humano, sino que aparece como el fundamento de la sacramentalidad del matrimonio como alianza santa de los esposos (cf MD,23)

<sup>14</sup> "*Mystice autem per nuptias intelligitur coniunctio Christi et Ecclesiae... et illud quidem matrimonium in tantum fuit in utero virginali*". Sto. Tomás, In Ioann 2, l.1, n.1. En la carta a los Efesios se afirma que la verdad de la Iglesia como Esposa de Cristo se basa en la creación del hombre como varón y mujer, a imagen de Dios, llamados a un amor esponsal como "unidad de los dos" en "comunión personarum" en el matrimonio". "El hombre, tanto varón como mujer es una persona y, por consiguiente, la única criatura sobre la tierra que Dios ha amado por sí misma", y al mismo tiempo precisamente esta criatura única e irrepetible "no puede encontrar su propia plenitud sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (GS,13) a imagen del misterio Trinitario de comunión. De ahí surge la relación de "comunión" en la que se expresan la "unidad de los dos" en la dignidad de persona tanto del hombre como de la mujer" (MD,10), que se realizan en la alianza con Dios, en su unión con El (MD,9), cuyo paradigma trascendente es la unión de Cristo con la Iglesia.

<sup>15</sup> En mi estudio sobre la mediación materna de María publicado en *Ephemerides Mariologicae* 1998 (fasc. Noviembre), nuestro ampliamente las razones por la que me parecen infundadas las objeciones de la CTI, nombrada en el Congreso marilógico de Czestochowa de 24-VIII-1996, a la amplísima petición del Pueblo de Dios a la declaración dogmática de la

del ecumenismo (contra la intención de algunos de sus autores)- que sólo en la contemplación de la fascinante belleza del plan salvífico, en toda su riqueza bíblica -tal como la propone el más reciente magisterio de Juan Pablo II- puede avanzar hacia la plena unidad de los discípulos de Cristo.

## II. LAS MISIONES DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU COMO LAS DOS MANOS DEL PADRE QUE TODO LO RECAPITULA EN CRISTO POR LA FUERZA DEL ESPÍRITU

### A. TEOLOGÍA Y ECONOMÍA TRINITARIAS.

<<Los Padres de la Iglesia distinguen entre la “Theología” y la “Oikonomia”, designando con el primer término el misterio de la vida íntima del Dios-Trinidad, con el segundo todas las obras de Dios por las que se revela y comunica su vida. Por la “Oikonomia” nos es revelada la “Theologia”; pero inversamente, es la “Theologia”, quien esclarece toda la “Oikonomia”. Las obras de Dios revelan quién es en sí mismo; e inversamente el misterio de su Ser íntimo ilumina la inteligencia de todas sus obras. Así sucede, analógicamente, entre las personas humanas. La persona se muestra en su obrar; y a medida que conocemos mejor a una persona, mejor comprendemos su obra>>. (CEC, 236).

El Dios revelado por Jesucristo, el único y verdadero, es esencial y absolutamente diverso del Dios de cualquier otra religión. El Dios de la revelación cristiana “es uno y único, pero no solitario” (*Fides Damasi*, Dz. 71) es Trinidad-Comunión.

“Dios es Amor” (1 Jn 4, 16) significa que Dios es Dios, precisamente porque, desde toda la eternidad, el Padre genera *en el amor*, libremente, al Hijo y, con el Hijo, espira al Espíritu Santo, vínculo de amor entre el Padre y el Hijo en la Familia Trinitaria.

<<Dios ha querido comunicar libremente al hombre la gloria de su vida bienaventurada<sup>16</sup>. Tal es el

---

*mediación materna de María* -plenamente preparada, según no pocos comentaristas, en el plano doctrinal por las perspectivas abiertas en la *Redemptoris Mater* de 1987.

<sup>16</sup> <<Dios, aún permaciendo totalmente Otro, el inefable, el incommunicable, precisamente porque es *amor-comunión*, encuentra el modo de realizar lo irrealizable: donarse a su creatura y unirse a ella. Ello es posible en el Espíritu porque Este representa al eterno mutuo amor entre el Padre y el Hijo, es su *ser-en-comunión*. En el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre la Personas divinas. Por el Espíritu Santo Dios “existe” como don>>. (Juan Pablo II, *Dominus et vivificantem*, 10 aquí citado De V). No existe comunicación alguna de Dios en sus creaturas -en el plano descendente- si no es “en el Espíritu”, como tampoco existe experiencia alguna referente a Dios y a las cosas de Dios -en el proceso de divinización propio del plano ascendente de retorno salvífico al Padre- sino es por el mismo Espíritu.

El Espíritu Santo es “el Nosotros en persona”, según la fórmula de H. MÜHLEN (*Una mystica Persona*, trad. esp José Boullousa, 2ª ed. Secretariado trinitario. *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Salamanca 1998), que ha hecho fortuna. Yo personalmente creo que esta justa perspectiva debe completarse con una propuesta de la teología oriental que ve una implicación de las tres Personas en las relaciones trinitarias que son triádicas. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Metafísica de la relación y de la alteridad*, cit. Anexo II, donde expongo resumidamente -como aplicación a la metafísica de la relación que me parece justa, en la que se justifica la existencia de tales relaciones triádicas-, una línea de reflexión teológica del oriente cristiano que basa en ellas los orígenes immanentes de la segunda y tercera Personas, que nada tienen que ver con FOCIO. Ellas han inspirado las interesantes investigaciones sobre el “*filioque*” de J. Miguel GARRIGUES. Y entre nosotros B. CASTILLA CORTAZAR (Cfr. “*Annales theologici*”, 10 (1996), 381-416), que recuerda la metáfora patrística -boca-aliento-palabra- (el Padre pronunciaba eternamente la Palabra en el Soplo de su boca), o la analogía también metafórica del Espíritu Santo *como maternidad hipostática*. No hay que asustarse de esa metáfora si se entiende con la debida flexibilidad analógica, que implica una semejanza infinitamente mayor que la semejanza, en un sentido eminente que trasciende nuestra capacidad de comprensión y de expresión (inefable) *que excluye cualquier alusión al género en Dios* (más bien es la unidualidad del género el que refleja en su *imagen humana* -analogía “fidei” descendente-aspectos del misterio de la intimidad trinitaria, como comenta Juan Pablo II con reiteración). Estas analogías metafóricas -como la maternidad hipostática que propone S. BOULGAKOF, y otras parecidas-, parecen de gran interés para defender el dogma -irrenunciable- del FILIOQUE- sin caer en banales y falsas interpretaciones “filioquistas”, que justamente rechaza Garrigues.

“La teología bíblica, especialmente en los estudios de Fr. X. Durrwell, está poniendo de relieve que no se puede separar el nombre revelado por el Padre, por el que es relativo al Hijo, del nombre también revelado (cf. Mc 14, 36; Rm 8, 15; Ga 4, 6) de *Abbá*, <<papá>> en arameo, como no se puede separar el nombre de Hijo o de Unigénito, que hace a éste relativo al Padre, del de <<Bien amado>> (*Agapetos*), tan frecuente en el Nuevo Testamento. Ahora bien, *Abbá* y <<Bien-amado>> son los nombres del Padre y del Hijo, en tanto en cuanto, en sus propias relaciones de paternidad y de filiación, son relativos al Espíritu como término personal de su don recíproco en el amor. (...) El Padre y el Hijo no existen realmente en la Trinidad sino como Padre-Abbá e Hijo-Bien-amado, es decir, relativos en sus propias personas al al Espíritu como Don eterno del amor personal en Dios. Imaginarles como previamente constituidos en sus personas trinitarias, por anterioridad de naturaleza o de razón, con respecto a la persona del Espíritu, es incurrir en un *paralogismo*, es decir, en una deducción de la realidad a partir de nuestra manera abstracta de conocer y de razonar. Este paralogismo teológico <<filioquista>> reduce la Trinidad a dos pares de relaciones <<binarias>> *consecutivas* entre ellas, en las cuales el segundo, que constituye al la persona del Espíritu, está subordinado *sin*

designio benevolente (Ef 1, 9) que concibió antes de la creación del mundo en su Hijo amado, "predestinándonos a la adopción filial en Él" (Ef 1, 4-5), es decir, "a reproducir la imagen de su Hijo" (Rm 8, 29) gracias al "Espíritu de adopción filial" (Rm 8, 15). Este designio es una "gracia dada antes de los siglos" (2 Tm 1, 9-10), nacido inmediatamente del amor trinitario. Se despliega en la obra de la creación, en toda la historia de la salvación después de la caída, en las misiones del Hijo y del Espíritu, cuya prolongación es la misión de la Iglesia (Cf AG 2-9)>> (CEC, 257).

### 1. Las dos manos del Padre en la Creación

Dios crea todo, dando la existencia y la vida por medio de la Palabra en su Espíritu; y en el Espíritu Santo es como Dios Padre -en el *ek-stasis* (salir-fuera-de-sí) amoroso- <<trasciende>> su vida a-temporal y hace espacio a sus creaturas. El Espíritu Santo es la Persona divina a través de la cual Dios Padre, inmediatamente, infunde la vida. Él es el último <<toque>> a través de cual Dios alcanza a sus creaturas por su Palabra, las <<salva>> de la no-existencia, las conserva, las renueva y las conduce a su plenitud. Estar en el Espíritu equivale, pues, a estar en la <<vida>><sup>17</sup>.

<<La Palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos>>. En este contexto es interpretada por los exegetas la expresión de Gén 1, 1-2: "Al principio, Dios creó el cielo y la tierra... Y el Aliento del Señor (*Ruach Elohim*) se cernía sobre las aguas". "Dios ha creado el mundo con sus dos manos, el Hijo y el Espíritu" (S. Ireneo, *Contra las herejías*, 4,4,4; 4,7,4; 5,1,3; 5,5,1...)>>. (CEC 703)

En cuanto al hombre <<es con sus propias manos [es decir, el Hijo y el Espíritu Santo] como Dios lo hizo... y El dibujó sobre la carne moldeada su propia forma, de modo que incluso lo que fuese visible llevase la forma divina>> (San Ireneo, dem. 11). (Cfr. CEC 704).

Habiendo decidido Dios -libremente, aunque muy en congruencia con la apertura trascendental de la naturaleza humana ("finitus capax Infiniti")- abrir al hombre el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó a nuestros primeros padres revistiéndolos de una gracia y una justicia resplandecientes (Cf. DV3, CEC n.84). Este don gratuito de la alianza originaria (Cfr. AG 25-IX-1985, n. 4) lo recibió Adán en el estado de *justicia original* no sólo para sí, sino para toda la humanidad, virtualmente presente en él como cuerpo único de un único hombre. Como cabeza de ese cuerpo, debía de haberlo transmitido a toda la estirpe humana, junto con la vida biológica que estaba llamado a suscitar del seno de Eva, la madre de los vivientes, a título de herencia sobrenatural gratuita. Pero "al levantarse contra Dios, pretendiendo alcanzar su propio fin sí al margen de Dios" (GS 13), transmitieron, de hecho, en el acto generacional, una naturaleza en "estado caído", (Cc. Trento, DS 1512) privada de aquella santidad y justicia originales; un pecado en sentido "análogo", pues es contraído y no cometido; no es acto, sino un estado (CEC 404) que la tradición ha llamado *pecado original*.

---

*reciprocidad con respecto al primero, que constituye las personas del Padre y del Hijo". Cfr. Jean Miguel GARRIGUES, La reciprocidad trinitaria del Espíritu Santo con respecto al Padre y al Hijo, en "Scripta Theologica", XXX (1998, 3) 807 ss.*

En palabras de Paul Eudikimov: "La monarquía del Padre (...) Fuente y Principio de la vida divina, es la que asegura la unidad, la consubstancialidad y la igualdad de las tres Personas divinas. No se trata jamás de relaciones entre el Padre y una de las Dos Personas, sino que se trata siempre, explícita o implícitamente, de las relaciones de Aquél que se revela y de los Otros dos, de Aquellos que le dan a conocer, siempre en una unidad triple. Es en esta perspectiva que la fórmula *per Filium* significa que el *Filioque* latino deber ser equilibrado por la fórmula correspondiente del *Spirituque*", que el Padre engendre en el amor -*in sinu Patris*- implica necesariamente al Espíritu, en tres relaciones triádicas: "Padre", "Hijo" y "Espíritu Santo". Las tres son coimplicadas en la perikoresis trinitaria ("*nihil prius nuc posterius*"), dentro del orden -*taxis*- de los orígenes: *generación y procesión en el amor*. (P. EUDIKIMOV, p., *Panagion et Panagia*, en "Bulletin. de la Société française d'Etudes Mariales" 27 (1970) 62). Sobre el tema hay muy valiosas indicaciones en la nota bibliográfica de M. M. GARIJO-GHEMBE, *Bibliografía sobre la Trinidad en la Teología Ortodoxa* (1945-1977), "Estudios trinitarios" 11 (1977) 360-440.

<sup>17</sup> Cfr. *El Espíritu del Señor*, cit, 38. Sobre este tema ha escrito muy inspiradas reflexiones B. FORTE, *El Espíritu Santo, y Jesús de Nazareth*, en *Scripta Theologica* XXX (1998, 3), 824. "El <<con-dilecto>> del amor del Padre y del Hijo, el tercero en causa en el encuentro de su entregarse y acogerse mutuamente, es la prueba definitiva, precisamente por su distinción y consistencia personal, de que el amor eterno no cierra al Amante y el Amado en el círculo de su intercambio mutuo, sino que hace que se encuentren con una fecundidad que los trasciende. El encuentro eterno pone de manifiesto la trascendencia del amor eterno, su autoentregarse al otro de modo libre y gratuito, su naturaleza que tiende a comunicarse, fuente, por lo tanto de la *autocomunicación personal*, en el juego de las relaciones entre las Personas divinas y en su relacionarse con las criaturas, que ellas mismas llaman a la existencia".

## **2. Las dos manos del Padre en la historia de la salvación: la doble misión del Hijo y del Espíritu que recapitula la humanidad caída bajo la capitalidad del Nuevo Adán**

<<Desfigurado por el pecado y por la muerte, el hombre continúa siendo "a imagen de Dios", a imagen del Hijo, pero "privado de la gloria de Dios" (Rm 3, 23), privado de la semejanza>>. (CEC, 705)

Dios creó el mundo en orden a la comunión en su vida trinitaria. Frustrado el plan originario de comunión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí (Cfr. CEC 71) comienza a realizarse el designio benevolente del Padre de reunir a los hijos de Dios dispersos por el pecado (Jn 11, 52). Como reacción al caos, que el pecado provocó, envía al Hijo y al Espíritu (las "dos manos del Padre") para congregarlos en el pueblo de Dios Padre que es la Iglesia del Verbo encarnado unificada por el Espíritu. (Cfr. CEC, 761) Es un proceso que abarca la historia entera de la salvación que culmina en la recapitulación de todas las cosas en Cristo por la fuerza del Espíritu.

Desde su principalidad radical (*Agenetos*), la Persona del Padre, origen eterno de las procesiones divinas, es también, según el decreto "*ad Gentes*" n.2, <<por su benignidad misericordiosa, el Creador del hombre y el que le llama a la comunión consigo en la vida y en la gloria, derramando sin cesar generosamente su bondad divina; y esto de tal manera que el que es Creador de todo se haga finalmente todo en todas las cosas, procurando a la vez Su gloria y nuestra felicidad>>, por aquella *doble misión inseparable* (tanto en el movimiento descendente del Verbo y del Espíritu (*synkatabasis* redentora), como en el retorno salvífico al Padre de los hijos de Dios dispersos por el pecado (Jn 11, 52), en la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo, por la gracia del Espíritu que brota de la cruz salvadora. "Así como la voluntad de Dios es un acto que se llama mundo, su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia" (Clemente de A., *Pedagogo*, I, 6)<sup>18</sup>.

### **B. OPERACIONES AD EXTRA Y MISIONES TRINITARIAS.**

El fin de la misión es la presencia del enviado en un lugar determinado, para realizar una encomienda de quien le envía. En la misión salvífica de la Personas divinas, dada la omnipresencia sustancial de Dios en el universo creado, sólo puede tratarse de algún nuevo género de presencia. Así pues, el concepto de la misión incluye la procesión eterna y añade una nueva manera de presencia - temporal, salvífica- en el mundo creado: <<*missio includit processionem aeternam et aliquid addit, sc, temporalem effectum*>> (S. Th. I, 43; 2 ad 3). Las misiones temporales de la economía salvífica reflejan, por tanto, el orden de origen o procedencia inminente de las Personas divinas: el Padre envía, pero no es enviado, el Hijo es enviado y envía, el Espíritu Santo es enviado, pero no envía<sup>19</sup>.

Consecuencia importante, desde el punto de vista teológico, es que el conocimiento de la Trinidad según sus manifestaciones históricas o salvíficas (según las misiones), es ya un cierto conocimiento de la vida íntima de Dios, como enseña la Declaración "*Mysterium Filii Dei*": no cabe hacer separación entre lo que algunos llaman "Trinidad económica" y "Trinidad inmanente", hasta el punto de afirmar que conoceríamos sólo la primera, pero no tendríamos certeza de la existencia de la segunda. Las misiones nos permiten conocer las procesiones: el conocimiento de la Trinidad no queda reducido en nosotros a su manifestación temporal o "económica", puesto que en ella ya se da un conocimiento de lo íntimo de Dios, "lo inmanente", que la razón iluminada por la fe puede expresar sin comprenderlo. Las misiones divinas son, pues, como traducciones a los elementos de este mundo de las procesiones intratrinitarias. Dada la realidad de la Encarnación, la naturaleza humana es un <<lenguaje>> en el que puede expresarse la divinidad, y en el que de hecho se ha expresado; un lenguaje tan poderosamente rico

<sup>18</sup> El Decr. *Ad Gentes*, en los nn. 2, 3 y 4, expone el plan salvífico como realizado por la doble misión, profundizando la perspectiva trinitaria en la que se presenta el origen del misterio de la Iglesia. LG nn 2, 3, 4.

<sup>19</sup> Las misiones se dividen tradicionalmente en visibles e invisibles, según que la nueva presencia de la persona enviada sea perceptible por los sentidos o no. Ejemplos de misión sensible son la encarnación del Logos (misión sustancial) y la misión del Espíritu Santo, bajo el símbolo sensible de una paloma o de lenguas de fuego (misión representativa). La misión invisible tiene lugar cuando Dios confiere la gracia santificante, y tiene por fin la inhabitación de Dios en el alma del Justo. Tal inhabitación es atribuida, generalmente, en la Sagrada Escritura, al Espíritu Santo (1 Cor 3, 16; 6, 19; Rom 5, 5; 8, 11). Pero con el Espíritu Santo vienen también el Padre y el Hijo al alma del justo para morar en ella (Ioh 14, 23; 2 Cor 6, 16).

y flexible que es capaz de expresar fielmente en el ámbito extradivino la vida del Hijo de Dios<sup>20</sup>.

Conocemos el misterio de Dios por la revelación de Jesucristo; Él es la *aparición o la iconización de la Palabra en la visibilidad de la carne humana, es decir, de la existencia humana*. La persona del Verbo es una sola cosa con el Padre del que procede, y, en cuanto hombre, tan obediente y transparente ante el Padre, que llega a ser la presencia visibilizada en el mundo del obrar y del hablar de Dios. Esta revelación la encontramos no sólo en las palabras en las que habla explícitamente del Padre o del Espíritu Santo, sino también en su propia vida humana (Cfr. CEC 516), entre los hombres, hasta la plenitud de la Cruz. <<*El origen eterno del Espíritu se revela en su misión temporal. El Espíritu Santo es enviado a los apóstoles y a la iglesia tanto por el Padre en nombre del Hijo, como por el Hijo en persona, una vez que vuelve junto al Padre (cf Jn 14, 26; 15, 26; 16, 14). El envío de la persona del Espíritu tras la glorificación de Jesús (cf Jn 7, 39), revela en plenitud el misterio de la Santísima Trinidad*>> (CEC n. 244).

### 1. *Elevación sobrenatural y misiones trinitarias.*

*Toda esta economía divina es la obra común de las tres personas divinas (Cc. II de Constantinopla y de Florencia, DS 421 7 1331). Sin embargo, cada persona divina realiza la obra común según su propiedad personal. Así la Iglesia confiesa, siguiendo al Nuevo Testamento (cf 1 Co 8, 6): "uno es Dios y Padre de quien proceden todas las cosas, un solo el Señor Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y uno el Espíritu Santo en quien son todas las cosas (Cc. de Constantinopla II: DS 421). Son, sobre todo, las misiones divinas de la Encarnación del Hijo y el don del Espíritu Santo las que manifiestan las propiedades de las personas divinas. Toda la economía divina, obra a la vez común y personal, da a conocer la propiedad de las personas divinas y su naturaleza única (Cfr. CEC, 258 y 259).*

*Los textos del Nuevo Testamento y la manera de hablar de los Padres orientales, muy cercana a la Escritura, no parece favorecer la opinión tradicional de la Teología clásica de Occidente, hasta Petavio, según la cual toda operación ad extra de Dios en las criaturas podría, a lo sumo, apropiarse a una Persona divina, sin que puede decirse que le sea propia, incluidas las operaciones de las misiones salvíficas, que se ordenan a hacer de los hombres "consortes divinae naturae" (2 Pe 1, 4).*

Hay una *diferencia esencial entre la creación primera -orden de "la naturaleza", entendida como término o resultado de la Palabra Creadora de Dios Padre en el Espíritu- y la elevación sobrenatural de aquella, gratuita y a ella trascendente*, para hacerla partícipe de la vida inmanente trinitaria, tanto prelapsaria (orden de justicia original), como postlapsaria (orden de restauración de la vida sobrenatural que culmina en la Encarnación redentora). Hoy se va imponiendo la tesis de que, en la elevación sobrenatural por la gracia, las Personas actúan según el orden de procesión y *lo propio o marca hipostática de cada Persona*, tanto en el *descenso salvífico* de Dios al hombre por elevarle, mediante la restauración de la vida sobrenatural perdida, por la satisfacción y mérito de Cristo "*cooperante Spiritu Sancto*" como en el *retorno del hombre por la gracia al Padre* es puesta aquélla en relación con lo propio de cada Persona como término de su conocimiento de fe, de amor sobrenatural (y a veces de experiencia, como atestiguan los místicos).

M. J. Scheeben acierta plenamente, a mi parecer, cuando afirma que estas no pueden ser consideradas como una simple apropiación a una Persona divina de algo que fuese común a la Trinidad. *Las misiones son la participación real de la criatura espiritual en la Procesiones eternas del Hijo y del Espíritu Santo*<sup>21</sup>, que son la vida íntima de Dios. Como escribió San Atanasio, <<aquéllos a los cuales se ha dicho: sois dioses, no han recibido esta gracia del Padre si no es participando del Verbo por el Espíritu>>.

Según K. Rahner a partir de las fuentes positivas de la fe,

<sup>20</sup> En el diálogo de Cristo con el Padre reconocemos la expresión creada del *diálogo eterno* que tiene lugar en el seno de la vida trinitaria. Cfr. H. Urs. Von BALTHASAR, *Gloria*, VII, 223 y *Teodramática* III, II, B. 3 c, 209 ss.

<sup>21</sup> "La misión de una Persona divina se verifica en el hecho y mediante el hecho de que la criatura racional participa de la misma". (M. J. SCHEEBEN, *Los misterios del cristianismo*, Herder, 2ª ed., Barcelona 1957., 190).

"Nosotros no somos simplemente hijos adoptivos, sino miembros del Hijo natural; por eso, como tales entramos también realmente en esa relación personal en la que está el Hijo de Dios con su Padre. Es según la verdad, y no sólo según la analogía o semejanza, que nosotros llamamos Padre nuestro al Padre del Verbo; y efectivamente no es tal por una simple relación análoga, sino por aquella única y misma relación por la cual Él es el Padre de Cristo. Lo es de un modo similar a aquel por el que Él, que es el Padre del Verbo eterno, por la misma relación, es también Padre del Hombre-Dios en su humanidad (...); somos en cierta manera -concluye Scheeben- *un único* Hijo del Padre con Él y en Él".

“podemos aceptar perfectamente que la imputación de determinadas relaciones del hombre en gracia con las tres personas divinas, no es simple apropiación, sino que expresa una relación peculiar con cada una. (...) En la Escritura, el Padre en la Trinidad es nuestro padre, y no el Dios trinitario. El Espíritu inhabita en nosotros de manera peculiar. Estas y otras expresiones similares de la Escritura y de la Tradición están *in possessione*. Habría, pues, que probar, y no suponer, que sólo pueden ser apropiadas, porque sólo así pueden ser entendidas, y que lo contrario es imposible. Mientras esto no se haya conseguido, hay que interpretar las afirmaciones de la Escritura con la máxima exactitud.<sup>22</sup>

Hay que evitar una concepción unilateralmente “cosista” u “objetual” de la gracia. No es ella un “objeto” que pueda pasar de mano en mano: es un modo de ser sobrenatural, producido por Dios, que se hace presente por inhabitación de la Trinidad (gracia increada) en lo más íntimo del espíritu creado -a manera de impronta creada de la Gracia increada, como la iluminación de algo lo es de la luz que ilumina, según la metáfora clásica (no es ninguna novedad)-, que diviniza o deifica la persona, y es inseparable de las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu Santo, mediante las cuales es espíritu finito, como dice Santo Tomás, *fit particeps divini Verbi et procedentis Amoris*<sup>23</sup>.

*La elevación sobrenatural, en efecto, introduce de algún modo a la criatura humana en la Trinidad.* Se puede decir que *lo natural* en sentido estricto es lo que existe *ad extra* de Dios; mientras que *lo sobrenatural*, o divino por participación, es lo que ha sido creado *ad extra* pero elevado o introducido *ad intra* de la Santísima Trinidad, como consecuencia de la doble misión conjunta e inseparable del Hijo y del Espíritu Santo<sup>24</sup>, por las que participa de la peculiaridad hipostática de las dos procesiones divinas. Se ha extendido bastante en la teología contemporánea, por influjo de Rahner, la propuesta del Padre De la Taille de explicar la Encarnación, la inhabitación y la visión beatífica por causalidad cuasi formal: actuación creada por el Acto increado poseído de modo propio por cada Persona. A mi me parece que se trata más bien de una presencia fundante de participación-comunión, a la que hace referencia -sin fundamentarla metafísicamente- Scheeben, que expone muy convincentemente en numerosos escritos F. Ocariz. Pertenece a uno de los casos -y analogado supremo- de participación de estructura trascendental, no predicamental.

## **2. El doble movimiento de la alianza salvífica en las misiones trinitarias.**

*Ambas misiones, siempre conjuntas e inseparables, se dan -como apuntábamos- según el doble movimiento, descendente y ascendente, de la alianza: don salvífico de Dios, y libre respuesta del hombre. El movimiento de Dios hacia el hombre es descendente, porque pasando por medio de Cristo alcanza su objetivo en el Espíritu, por gracias de mediación ofrecidas a la libertad humana. El hombre es movido por una dinámica inversa, es ascendente: viviendo por la actuación santificadora del Espíritu él se eleva con su libre cooperación, se acerca a Dios en Jesucristo; y en comunión con el Hijo, el Verbo encarnado -en la espera confiada del Mesías prometido, antes de su venida al mundo- tiene acceso al Padre<sup>25</sup>. Comencemos por esta segunda.*

La introducción en la Santísima Trinidad como hijos de Dios Padre en el Hijo, *se realiza -como hemos dicho- por el envío (misión invisible) de Espíritu Santo a nuestro espíritu.* Que somos hijos de Dios por el Espíritu Santo, no significa que el Paráclito sea causa eficiente de la filiación adoptiva (la causa eficiente es Dios Uno y Trino), sino que *somos introducidos en la vida intratrinitaria como hijos en el Hijo por la participación-comunión en el Espíritu Santo, por la caridad.* La irrenunciable premisa de la unidad de las operaciones *ad extra* de Dios, exige afirmar que es la Santísima Trinidad quien comunica *ad extra* la naturaleza divina, adoptándonos como hijos. Pero *esta acción “ad extra”, que es*

<sup>22</sup> Cfr. K. RAHNER, *Sobre el concepto escolástico de la gracia increada*, en *Escritos de Teología*, t. I, Madrid 1967., 351-380 (379). El modo de comunicación ontológica de la hipóstasis (gracia increada) es -según Rahner- por casualidad cuasiformal (cuya realización suprema es la unión hipostática).

<sup>23</sup> S. Th. I, 8, 1. S. TOMÁS habla del Espíritu como *causa formalis inhaerens* de nuestra filiación divina: III Sent., d. 10, q. 2, a. 1; evidentemente, en sentido analógico; pues apunta más al acto de ser -actualizante- que a sus determinaciones formales (categoriales). Cfr. J. GARCÍA LÓPEZ, *Lecciones de Metafísica tomista*, Pamplona 1996, 37).

<sup>24</sup> Cfr. F. OCARIZ, *Hijos de Dios por el Espíritu Santo*, en “Scripta Theologica” XXX (1998) 491.

<sup>25</sup> En el plan salvífico del designio de Dios, todo proviene del Padre, todo es cumplido y actualizado por el Hijo, todo alcanza al hombre y se hace presencia y experiencia en El en el Espíritu Santo. Mientras que el retorno a Dios sigue el proceso inverso -según la inversión kenótica trinitaria, como la denomina Von Balthasar, a que antes nos referíamos-: por el Espíritu que nos hace cristiformes, a través del Hijo -en Cristo- se llega al Padre. Cfr. *El Espíritu del Señor*, libro oficial de preparación del año consagrado al Espíritu Santo, Madrid 1997, 26.

la elevación sobrenatural, *tiene un término "ad intra"* de Dios. Una "introducción" en Él que "empieza" (no en sentido temporal) a través de la *unión, por participación, con la Persona del Espíritu Santo*, que es la caridad; *unión que "plasma" en el espíritu finito la participación (semejanza y unión) al Hijo*, por la cual *en el Hijo se es hijo del Padre*.

De ahí la fórmula: *"al Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo"*. Es decir, como escribe Juan Pablo II, *"Él mismo (el Espíritu Santo), como amor, es el eterno don increado. En Él se encuentra la fuente y el principio de toda dádiva a las criaturas"* (...). Todo comienza por el Don del Espíritu Santo y termina por el cumplimiento de este Don, en la gloria". Entre ambos hay un largo camino que recorrer, de identificación con Jesucristo, mediante pasos de libertad, del pecado a la gracia, de la gracia a la gloria. Y es bajo la guía del Espíritu Santo como nuestra libertad recorre este camino<sup>26</sup>.

*Pero sin olvidar que la donación del Espíritu que inicia -y lleva a su consumación- este camino ascendente de retorno a Dios de la humanidad es, en la actual economía de la naturaleza caída y redimida, el fruto de la misión visible del Hijo -la Encarnación redentora-, que culmina en la cruz salvadora de la Pascua del Señor.*

De ahí la fórmula *"del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo"*, inversa a la del párrafo anterior. Significa que hemos sido hechos hijos de Dios *por la mediación de Jesucristo* y de su acción salvífica en la misión visible de la Encarnación redentora, que culmina en la Cruz gloriosa, (virtualmente anticipada a título dispositivo en la Antigua Alianza, y sacramentalmente presente en la Iglesia)<sup>27</sup> que nos envía -como fruto de la cruz- su Espíritu, que nos hace cristiformes (Cfr. Rom. 8). *En el Espíritu Santo*, pues nos entrega -en la Misión visible de Pentecostés- consumación del misterio Pascual en el que culmina la *redención objetiva* o adquisitiva- el mismo Espíritu que El ha recibido del Padre y de cuya plenitud nos hace partícipes en la elevación sobrenatural por la *"tractio"* de la Cruz (cfr Jn 12, 32); y esta participación es *la caridad*, que plasma en nosotros la participación en la Filiación del Verbo: *"filii in Filio"*, que retornan al Padre.

Entre las *dos misiones invisibles del Verbo y del Espíritu*, (movimiento de retorno al Padre, propio de la *redención subjetiva* o aplicada a cada hombre) existe, pues, un *orden inverso al de las procesiones eternas* y al de las misiones visibles de la *redención adquisitiva*, como oferta de salvación (presente de modo sacramental en la Iglesia en virtud de las gracias de mediación). Es la llamada por Von Balthasar, *inversión kenótica trinitaria*<sup>28</sup>.

### **III. LAS TRES FASES -EN SU DOBLE MOVIMIENTO, DESCENDENTE (DE DIOS AL HOMBRE) Y DE RETORNO (DEL HOMBRE A DIOS)- DE LA DOBLE MISIÓN DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU EN LA HISTORIA SALVÍFICA HASTA SU CONSUMACIÓN FINAL.**

"En el Protoevangelio, primer anuncio de la victoria sobre el, sobre el pecado... se abre la perspectiva de toda la Revelación, primero como preparación del Evangelio y después como Evangelio mismo" (MD,11).

La palabra de la promesa del *Protoevangelio* (cfr. CEC 410)-el triunfo de *la descendencia* (en singular) de la Mujer sobre la antigua serpiente- se muestra operativa ya en el comienzo de la historia a las puertas del Paraíso, en atención a su pleno cumplimiento en Cristo, cuyo misterio comienza a irradiar salvíficamente -preparando los tiempos mesiánicos y anticipando sus frutos con una providencia de incesante cuidado del género humano-, "para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con

---

<sup>26</sup> Cfr. F. OCARIZ, *Hijos de Dios por el Espíritu Santo*, en "ScriptaTheologica" XXX (1998) 486 ss. *La filiación divina y la caridad* son -observa justamente el A.- *aspectos formales de la incorporación de la criatura espiritual a la vida de Dios*; formalidades diversas pero a la vez mutuamente *compenetradas e inseparables* que se recibe en el Bautismo -al menos por deseo implícito-, como semilla de la vida eterna, que llamado a un crecimiento incesante hasta la plena identificación con Cristo, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo! La filiación divina es, pues, una realidad dinámica, que se intensifica por la intensificación de la caridad. De ahí que la santidad, por lo mismo que es plenitud de la filiación divina, es "plenitud de la caridad".

<sup>27</sup> "*Quod visibilis in Christo transivit in Ecclesiae sacramenta*". (S. LEON MAGNO, *Serm.* 74, 2; Cfr. CEC 1115).

<sup>28</sup> Cfr. U. Von BALTHASAR, *Theologica*, 3, cit., passim.

la perseverancia en las buenas obras” (Dv 3). Pero, no adquiere perceptibilidad histórica discernible -a la luz de Cristo-, hasta la vocación de Abraham (Cfr. DV3, CEC 55-58).

<<La Promesa hecha a *Abraham* de una descendencia de la estirpe de Sara, la estéril, en la que serían benditos todos los pueblos, inaugura la Economía de la Salvación, al final de la cual el Hijo mismo asumirá "la imagen" (cf Jn 1, 14; Flp 2, 7) y la restaurará en "la semejanza" con el Padre volviéndole a dar la Gloria, el Espíritu "que da la vida. Contra toda esperanza humana Dios promete a Abraham una *descendencia*, como fruto de la fe y del poder del Espíritu Santo (cf Gn 18, 1-15; Lc 1, 26-38. 54-55; Jn 1, 12-13; Rm 4, 16-21). En ella serán bendecidas todas las naciones de la tierra (cf Gn 12, 3). (CEC, 705)

*Esta descendencia de Abraham -ya profetizada en el Protoevangelio<sup>29</sup>- será Cristo* (cf Ga 3, 16) <<en quien la efusión del Espíritu Santo formará "la unidad del los hijos de Dios dispersos" (vf Jn 11, 52) (en Cristo total escatológico, que es su *pleroma*). Comprometiéndose con juramento (cf Lc 1, 73), Dios se obliga ya al don de su Hijo Amado (cf Gn 22, 17-19; Rm 8, 32; Jn 3, 16) y al don del Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda... para redención del Pueblo de su posesión" (Ef 1, 13-14; cf Ga 3, 14)>>. (CEC, 705 y 706).

La fe en el cumplimiento de lo humanamente imposible -la fe semejante a la de Abraham, de sus hijos según el espíritu-, nos hace partícipes de las bendiciones salvíficas en Cristo, "*ex semine Abraham secundum carnem*" (Rm 1, 2). "Nadie tiene a Dios por padre, sino tiene a Sara -la Iglesia, María- por madre" (cfr. Rm 4, 19; Gal. 4, 25). *La historia entera de la salvación no es sino el gradual cumplimiento del contenido de la promesa* que hizo Dios a Abraham, nuestro padre en la fe, que puede compendiarse en *el retorno del hombre caído, que yace bajo el poder del maligno (1 Jn 5, 19) por la gracia de Cristo Salvador, al seno del Padre* -simbolizado en el "seno de Abraham", padre de una descendencia espiritual-, *que forma, por obra del Espíritu -fruto de la Cruz salvadora del Mesías-, el Cristo total<sup>30</sup>.*

Después de la venida de Cristo a la historia no hay un más allá de Cristo -como decíamos- en el sentido de un rebasamiento. Cristo resucitado es el centro de esa historia. Esta constituye únicamente el desenvolvimiento en la humanidad entera -y en el cosmos- de lo que primero fue consumado en El. En este sentido, Cristo, fin de la historia, es también centro de la historia, en la medida en que todo lo que le procede, desde las puertas del Paraíso prepara su venida -con la fuerza de su Espíritu que irradia desde la Cruz salvadora- y todo lo que le sigue emana de El, por anticipación o derivación, estableciendo progresivamente su Reino, que "eche fuera" al príncipe de este mundo" (Cfr. Jn 12, 31), a lo largo de la historia de la salvación que es una lucha dramática de la descendencia de la mujer con la antigua serpiente y las fuerzas del mal.

Cristo vino, enviado por su Padre con la fuerza del Espíritu, a "destruir las obras del diablo" (1 Jn 3, 8), para arrebatarnos de su poder tiránico y conducirnos al Reino del Hijo de su amor (Cfr. Col 1, 13). La dura batalla contra los poderes de las tinieblas, en un mundo que yace tras la caída, "bajo el poder

---

<sup>29</sup> En otro escrito he sostenido, que *la descendencia de la Mujer del Protoevangelio* -en el que se funda el tema patrístico de la nueva Eva- alude, en su sentido pleno no sólo a María, la Madre del Mesías, sino al *pueblo de Dios del Antiguo y Nuevo Testamento, que no es otro que el Cristo total -Cabeza y miembros- verdadero templo del Espíritu Santo*. Teniendo en cuenta la unidad de la Sagrada Escritura, la tradición viva y la analogía de la fe, aparece anunciado el misterio de la Iglesia, el en el sentido pleno y típico de ese pasaje, justamente llamado "la reina de las profecías" -en estado latente y síntesis armoniosa-. El linaje de la Mujer, en sentido colectivo, no es sólo, como suele decirse, la estirpe física de Eva, de la que Cristo se hace solidario como nuevo Adán, en el seno de la nueva Eva (María), en el "fiat" de la Encarnación. Es también, en un segundo plano, *el linaje espiritual de la nueva Eva o pueblo de Dios, cuerpo místico del "descendiente" (en singular) de la Mujer* -la descendencia, también en singular de Abraham-, que participa en el triunfo de su cabeza sobre la serpiente, al que asocia a su Madre ("conteret caput") en el "trono triunfal de la Cruz". Es la *Iglesia* que brota de su costado abierto, en el sueño de la muerte, como nueva Eva, purificada y renovada sin mancha ni arruga, sino santa e inmaculada, a imagen de la Mujer (Cfr. Ef.5,27). La Iglesia participa de la fecunda virginidad de María como nueva Eva asociada al nuevo Adán en la lucha dolorosa provocada por las asechanzas de la antigua serpiente. *Es la Pasión mística del Pueblo de Dios peregrino, que unida a la de Cristo, su Cabeza, realiza hasta la consumación escatológica del Reino, por mediación del misterio eucarístico, la obra de la Redención*. Todo está implícito en el sentido pleno y típico de Gen 3,15. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología implícita en el Protoevangelio. La imagen de la Mujer como síntesis del misterio de la Iglesia*, en Actas del XXVI Simposio de Teología de la Universidad de Navarra de 1994, 538-564.

<sup>30</sup> *La descendencia espiritual de la Mujer del Protoevangelio* alude a la dimensión mariana de la historia salvífica que aquí estudiamos. Aquella misma, *en tanto que descendencia de Abraham*, abre una perspectiva en la historia de la salvación, que culmina en la dimensión petrina e institucional de la Iglesia. Cfr. mi libro de próxima publicación (en Eunsa) *Perfil mariano y petrina del misterio de la Iglesia*.

del maligno”<sup>31</sup> (1 Jn 5, 19), no concluirá hasta el último día (GS 37, 2). Pero Cristo ha vencido al maligno. Con ayuda de la gracia de Cristo, la victoria en el combate, asegurada al fin de la historia con el triunfo del Cordero (Cfr. Ap 20 y 21), se va haciendo efectiva con el concurso de su libertad humana en aquellos hombres -uno a uno- que aceptan el don salvífico de Dios en Jesucristo, hasta que se complete el número de los elegidos del Reino consumado.

Como ya anunciábamos, *son tres las etapas fundamentales* de la progresiva realización del *designio salvífico de Dios* de instaurar su Reino mediante la doble misión -siempre conjunta e inseparable- del Verbo y del Espíritu (A, B, C) *hasta su pleno* cumplimiento escatológico en la recapitulación de todo en Cristo (D), que se realiza -como veíamos- en el doble movimiento de la alianza salvífica. Procedamos por pasos contados.

## A. VERBUM INCARNANDUM

### 1. *La antigua alianza como encarnación antes de la Encarnación.*

El hombre, en tanto que es naturalmente religioso, busca a Dios como a tías<sup>32</sup>. *La religión* es la expresión de la búsqueda de Dios por parte del hombre. *Es un movimiento del hombre a Dios. La revelación judeocristiana es la expresión del movimiento inverso de Dios que sale al encuentro del hombre* manifestándole su intimidad trinitaria para hacerle partícipe de ella. *La Encarnación no es más que la forma suprema de esa condescendencia de Dios que se autocomunica progresivamente al hombre caído. En cierto modo -como dice J. Danielou- el Antiguo Testamento representa ya la Encarnación antes de la Encarnación*<sup>33</sup>.

<<Desde el comienzo y hasta "la plenitud de los tiempos" (Ga 4, 4), la Misión conjunta del Verbo y del Espíritu del Padre permanece *oculta* pero activa. El Espíritu de Dios preparaba entonces el tiempo del Mesías, y ambos, sin estar todavía plenamente revelados, ya han sido prometidos a fin de ser esperados y aceptados cuando se manifiesten>>. (CEC 702).

Es más, *los hechos de la vida de Cristo son la continuación*, de forma más perfecta y definitiva, *de las grandes obras de Dios en el Antiguo Testamento*, que atestiguan la virtualidad salvífica de los primeros, al paso que disponen a la humanidad caída a su advenimiento. Antiguo y Nuevo Testamento son las *etapas sucesivas de un mismo designio de Dios* en las cuales se manifiestan “las mismas costumbres” de Dios -según la antigua tradición patrística que se remonta a San Ireneo-, se hacen presentes el Verbo y el Espíritu con perceptibilidad históricamente discernible (a la luz -por supuesto- del Nuevo Testamento).

*La profecía* nos muestra en los acontecimientos mesiánicos escatológicos la continuación de las grandes obras de Dios en el Antiguo Testamento que los prefiguran tipológicamente. *Hechos y palabras proféticas en unidad estructural significan y contienen el misterio de la salvación* del hombre por la

---

<sup>31</sup> Cfr. G. AMORTH, en *Habla un exorcista*, Madrid 1998. Muy oportunamente sale al paso en esta obra el exorcista oficial de la diócesis de Roma, del letal racionalismo que infecciona a no pocos teólogos y pastores, acusándoles de grave omisión en el ejercicio de este ministerio tan necesario -de modo especial en nuestro tiempo- en la lucha de la Iglesia contra el maligno; dejando el campo libre a brujos, magos y adivinos a ocuparse de tantas víctimas del diablo, las cuales necesitan y piden ayuda.

<sup>32</sup> Hech 17, 23. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Filosofía de la religión* (Cristianismo y religiones), Pamplona 1998, a punto de su publicación.

<sup>33</sup>Cfr. J. DANIELOU, *En torno al misterio de Cristo*, Madrid 1965 c.3., 70 ss, donde estudia la más antigua tradición desde S. Ireneo. Un eco de ella se encuentra en PASCAL que sitúa a Cristo en el centro de la historia, sin que haya quiebra entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. “Jésus-Christ, que les deux Testaments regardent, l'Ancien comme son attente, le Nouveau comme son modèle, tous deux comme leur centre”. (*Pensée* 740). Muestra agudamente, con su vigoroso estilo, *como un mismo movimiento atraviesa toda la historia: de Abraham a Jesucristo, y de Jesucristo hasta el final de los tiempos*, que sólo se descubre en el clarooscuro de la fe, don del Espíritu. El Antiguo Testamento “est fait pour aveugler les uns et éclairer les autres” (*Pensée* 675). “Son nos ennemis les admirables témoins de la vérité de ces prophéties, où leur misère et leur aveuglement même est prédit” (*Pensée* 737). *Es la gran fuerza del argumento profético* que -como hace notar Pascal, siguiendo a S. Agustín- (*Pensée* 693) *es exclusivo del cristianismo*.

autocomunicación de Dios *por el Verbo en el Espíritu*. No otra es la esencia de la divina Revelación (Cfr DV, 1).

Por consiguiente, figuras y profecías se articulan y complementan entre sí. La profecía aporta a la tipología su justificación. No sólo tiene por objeto anunciar *los acontecimientos escatológicos*, sino que indica que dichos acontecimientos *serán la continuación y realización plenaria de las acciones salvíficas de Dios en la historia pasada de Israel, que culminan en la Encarnación redentora, cuya eficacia salvífica anticipan*.

A esta luz, la Encarnación del Verbo no se nos aparece como un acontecimiento inusitado, sino como la consumación de un designio que alienta desde los orígenes de la historia, ya que desde estos, se manifiesta un Dios que interviene salvíficamente en la historia humana. (Cfr. DV 3; CEC, 410). Y *la Encarnación será su suprema intervención escatológica, en un proceso que concluye con la recapitulación de todo en Cristo*<sup>34</sup>.

*La Encarnación del Verbo por obra del Espíritu (las dos manos del Padre) es para S. Ireneo la ley de la historia de la Salvación en su integridad*. Esta es concebida por él como *un progresivo acercamiento de Dios al hombre en el Espíritu por el Verbo, y del hombre a Dios en el Verbo por el Espíritu*, en una proximidad que alcanza su perfección en el Hombre-Dios y se actúa desde el principio por anticipación del misterio pascual. En realidad, comienza con la creación ordenada a esta finalidad. Así en la *Demostración de la Predicación apostólica* leemos: <<Todas las diversas visiones del Antiguo Testamento (las teofanías) representan al Hijo de Dios departiendo con los hombres y viviendo en medio de ellos... No es el Padre de todos -el mundo no lo ve-, no es el creador del Universo el que acudió a aquel rincón del mundo a hablar a Abrahám, sino el *Verbo de Dios*, que no abandona al género humano, precediendo lo que debía acontecer y enseñando a los hombres las cosas de Dios. *Era El el que subía y descendía* para salud de los afligidos, a fin de librarnos de toda idolatría. *El Verbo de Dios adiestrÁbase así y se acostumbraba a nuestros usos, mostrÁndonos de antemano, en figura, lo que debía acaecer*>> (45; S. C., 104)<sup>35</sup>.

Si en el Antiguo Testamento Dios se acostumbra al hombre, también éste se habitúa a Dios (movimiento salvífico de retorno a Dios de la humanidad caída). *Hay a un tiempo descenso de Dios al hombre y ascenso del hombre a Dios*. Este ascenso del hombre *consiste en su educación por el Verbo, que le habitúa a sus costumbres, al igual que El se habitúa a las de la criatura*. Tal es el sugerente y genial lenguaje de S. Ireneo

Luis Bouyer, muy especialmente, ha estudiado el sentido de esta *intervención salvífica de Dios -descendente y ascendente (prefigurado en la escala de Jacob)-, que implica la presencia del Verbo en el Espíritu en el Pueblo de la antigua alianza*. *El Dios que habla por el Verbo -observa este A.- es igualmente, y de forma inseparable, el Dios que actúa por el Espíritu*.

*La promesa de la alianza salvífica inaugurada con la vocación de Abraham*, contenido fundamental de la Palabra de Dios a Israel, se realiza por una intervención divina en la historia del mundo. La existencia del pueblo que debe nacer malegnosamente en la persona de Isaac, el hijo de Sara -la estéril-, llamado a vivir en una tierra excelente (que prefiguran los nuevos cielos y la nueva tierra en su pleno cumplimiento escatológico de su sentido espiritual anagógico), constituye el contenido de la promesa a Abraham, al igual que la alianza de que será beneficiario este mismo pueblo por mediación de Moisés, constituyéndolo como pueblo sacerdotal en el que se prepara el cumplimiento de la promesa de salvación universal hecha a Abraham. (La alianza es primeramente, una promesa de salvación, y en

---

<sup>34</sup> La Encarnación del Verbo en Jesús de Nazareth es -según San Ireneo-, *la expresión excelsa de una manera de ser Dios y de una manera de ser el hombre* que se encuentra en toda la historia sagrada. Por eso la referencia al Antiguo Testamento y la analogía de las costumbres divinas y la de las humanas constituyen una perfecta *demostración* en el sentido que Ireneo y Clemente, conferían a la palabra. Cristo pudo explicar a los discípulos de Emaús todo cuanto Moisés y los profetas habían dicho de El (Luc. 24, 27), pues en realidad, toda la Escritura habla de Cristo, cuyo misterio abarca y recapitula la historia entera. El conjunto de la misma constituye ya un esbozo y una profecía de la Encarnación, y la describe en sus múltiples aspectos. De ahí la importancia que reviste establecer una relación con el Antiguo Testamento para la comprensión del evento de Jesús. Cfr. J. DANIELOU, *Ibid*.

<sup>35</sup>S. IRENEO hace notar la continuidad entre esta presencia del Verbo y del Espíritu en la humanidad desde sus orígenes y la Encarnación: <<¿Cómo sería posible que Cristo fuese el fin de la Ley, sino fuese también el principio? El que trajo el fin es, asimismo, el que obró el comienzo. Fué El el que dijo a Moisés: He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he descendido para salvarle (Exodo, 3, 7). El, el Verbo de Dios, acostumbrado desde el albor de los tiempos a subir y a bajar para salud de los que estaban enfermos>> (IV, 12, 4). Esta costumbre alcanza la plena realización en la Encarnación propiamente dicha, que es a un tiempo hábito de Dios al hombre y del hombre a Dios: <<El Verbo se hizo Hijo del Hombre para habituarse al hombre a recibir a Dios y para habituara Dios a morar en el hombre, conforme a la voluntad del Padre>> (III, 20, 2).

este aspecto es el don por excelencia que *constituye a Israel como pueblo de Dios*. Pero la promesa incluye también exigencias indisolublemente éticas y religiosas *de libre cooperación al don de Dios*. Tal es la *ley de la alianza nupcial*, tan subrayada por los profetas que Dios envía para velar por su cumplimiento).

*El pueblo de Dios es el pueblo creado por la Palabra del Padre con la fuerza del Espíritu*. Nada más evidente a través de la historia de Abraham: *la Palabra de Dios, y sólo ella, ha promovido la descendencia de Abraham, que será para Dios un compromiso que conduce a Jesucristo el Mesías Salvador -al que será siempre fiel-*. No se contentará Dios con haber revelado su Nombre a los hombres que ha llamado a través de Moisés, en al zarza ardiendo (Ex 3, 15): *se hará El mismo hombre*.

*El punto culminante de la intervención divina en la historia será cuando la Palabra de Dios -su Palabra no sólo creadora, sino viva, subsistente, personal, que ya actuaba antes en el Espíritu, en proyección salvífica (por anticipación), del misterio pascual-, se hará carne*. Podemos afirmar que *todo el Antiguo Testamento tiende hacia este momento*. A través de todas las teofanías que llenan la historia de Israel, *la Palabra de Dios operativa y establemente "presente" en Israel se iba acostumbrando a vivir con los hijos de los hombres y habituando a los hombres a su presencia, según la expresión tan citada de San Ireneo*.

Así lo muestran en unidad estructural las teofanías, la tipología, y la profecía (en sentido amplio, que incluye también el carisma sapiencial) que auguraban -y anticipaban- la presencia salvífica del Verbo en el Espíritu.

Comencemos por las primeras.

## ***2. Las teofanías del Verbo en el Espíritu en el Antiguo Testamento, y el doble movimiento de la Alianza.***

<<Las Teofanías [manifestaciones de Dios] iluminan el camino de la Promesa, desde los Patriarcas a Moisés y desde Josué hasta las visiones que inauguran la misión de los grandes profetas. La tradición cristiana siempre ha reconocido que, *en estas teofanías, el Verbo de Dios se dejaba ver y oír, a la vez revelado y "cubierto" por la NUBE del Espíritu Santo*>>. (CEC 707)<sup>36</sup>.

*Habiendo creado al pueblo, Dios lo conservará con su presencia*. Destinado a una larga vida errante por el desierto, este pueblo vivirá bajo la tienda. Y Moisés, en el Sinaí, recibe la orden de alzar una tienda más, *destinada a la Presencia de YHWH* que desde ahora va a convertirse en peregrina junto a sus nuevos aliados. Bajo este tabernáculo de la reunión, hallamos *un símbolo suplementario de la Presencia*: algo así como -escribe L. BOUYER<sup>37</sup>- *un sacramento*, respondiendo al signo milagroso de la *gloria de Dios*. Este símbolo, es el misterio del Arca de la Alianza. Tanto si la Gloria aparece como si no, el Arca será el signo permanente de la Presencia... *hasta el día en que el Arca desaparecerá providencialmente, abandonándola al propio tiempo la Presencia con vistas a ocupar una mansión más excelente*.

*La especulación de los rabinos dará nombre a esta presencia real, que Israel localiza sobre el propiciatorio*, es decir, la *tapa del Arca*, y que se manifiesta por medio de la nube luminosa: se llamarán *Schekinah*, término sacado de la raíz *schakan*, que significa "permanecer bajo una tienda". La gloria (*Kabod*) no es la *Schekinah*, sino su envoltura y como su reflejo sobre la criatura. La *Schekinah* en sí misma, a pesar de entregarse al hombre, escapa al conocimiento de éste.

---

<sup>36</sup> <<Desde las teofanías del Antiguo Testamento, La Nube, unas veces oscura (sombra), otras luminosa, revela al Dios vivo y salvador, tendiendo así un velo sobre la trascendencia de su Gloria: con Moisés en la montaña del Sinaí (cf Ex 24, 15-18), en la Tienda de Reunión (cf Ex 33, 9-10) y durante la marcha por el desierto (cf Ex 40, 36-38; Co 10, 1-2); con Salomón en la dedicación al templo (cf 1 R 8, 10-12). Pues bien, estas figuras son cumplidas por Cristo en el Espíritu Santo. Él es quien desciende sobre la Virgen María y la cubre "con su sombra" para que ella conciba y de a luz a Jesús (Lc 1, 35). En la montaña de la Transfiguración es "Él quien vino en una nube y cubrió con su sombra a Jesús, a Moisés, a Elías, a Pedro, Santiago y Juan, y "se oyó" una voz desde la nube que decía: "Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadle" (Lc 9, 34-35). Es finalmente la misma nube la "que ocultó a Jesús a los ojos" de los discípulos el día de la Ascensión (Hch 1, 9) y la que lo revelará como Hijo del Hombre en su Gloria el Día de su Advenimiento (Cf Lc 21, 27)>>.

<sup>37</sup> L. BOUYER, *La Biblia y el Evangelio*, Madrid 1982, passim.

*La mística judía aparece dominada por las dos ideas-imágenes de Schekinah y Merkabah, expresivas del movimiento descendente (synkatabasis) de Dios que condesciende a habitar con la humanidad caída, para la realización de su promesa de salvación mesiánica de retorno a Dios, por la Merkabah de la visión de Ezequiel referida a la gloria del Dios excelso, de YHWH, que desciende hasta Israel, habita con él bajo la tienda durante su peregrinaje terreno, y se manifiesta, en la medida de lo posible, al hombre todavía detenido por la tierra. En cambio, sobre la Merkabah de los querubines, YHWH aparece libre de todo vínculo terreno. Vuela por encima de los más elevados cielos. Pero la esperanza última es que YHWH llame a aquél a quién ha permitido dejarle ver abajo algo de Sí mismo en la nube luminosa de sí Schekinah, y lo lleve a su morada, arrebatado por los caballos de fuego como a Enoc y a Elías.*

El tema jaónico de la Encarnación es la última revelación de la *Schekinah* (plantó su tienda entre nosotros). El tema, no menos esencial dentro del cuarto Evangelio de la *elevación de Jesús hacia el Padre a través de la cruz*, de su partida para prepararnos un lugar, en la hora de la glorificación del Hijo del Hombre (Jn 12, 23), es el cumplimiento y como la acogida de esta mística de la *Merkabah*<sup>38</sup>.

Veamos, por separado, este doble movimiento de la alianza en las misiones trinitarias, siempre conjuntas e inseparables.

**a) El movimiento descendente (synkatabasis) -de Dios al hombre- de la doble misión del Verbo y el Espíritu, Su Presencia salvífica (Schekinah) en Israel asegurada por las “gracias de mediación” sacerdotal, profética y regal.**

Esta preparación de la Encarnación -mediante la adaptación de la humanidad a las costumbres divinas -que de alguna manera (dispositiva e incoativa), la anticipa, en sí misma (como “encarnación antes de la Encarnación”) y, sobre todo, en sus efectos salvíficos-, es el fundamento del sentido figurativo del Antiguo Testamento. Según S. Ireneo, era el Verbo (cooperando el Espíritu Santo, como *las dos manos del Padre*) el que pasaba a través de todos esos personajes que anunciaban y anticipaban la mediación de Cristo -y disponían a ella<sup>39</sup>-; el que ordenó la construcción del Tabernáculo, la elección de los levitas, los sacrificios y las ofrendas, llamándole por las cosas figurativas (*typica*) a las reales, por las temporales a la eternas, por las carnales a las espirituales, conforme dijo a Moisés: <<Hará todas las cosas según el modelo (*typum*) que has visto en la montaña>>.

De esta suerte, vemos que la tipología, la profecía y otras formas de mediación están ordenadas a la presencia salvífica de Dios por la Palabra en el Espíritu. La presencia salvífica (*Schekinah*) de la gloria (*Kabod*) de YHWH en Israel -en el Arca de la Alianza, centro del culto y de la vida del pueblo elegido- era, ante todo, una oferta de salvación asegurada -mientras no se retirara por su infidelidad- por gracias de mediación sacerdotal, profética y de conducción o guía.

*El Espíritu de Dios -para asegurar esa presencia salvífica -en orden al retorno a la participación en la santidad divina-, irrumpe, pues, sobre algunas personas derramando sobre ellas diversas gracias de mediación.* Les confiere poderes extraordinarios, a veces sólo temporalmente, para ejecutar unas determinadas tareas en favor de Israel, el antiguo pueblo de Dios. Viene sobre los artistas que deben

---

<sup>38</sup>En todas las teofanías divinas se repite una misma palabra a propósito de la presencia que aparece en ellas. Dios <<pasa>> cerca de Abraham, <<pasa>> ante Moisés, <<pasa>> ante Elías. Igualmente los caballos de fuego arrebatan a Elías lejos de Eliseo, hacia Dios que no vive en casa alguna hecha por mano del hombre. El acto creador del pueblo de Israel, la intervención redentora, había sido la Pascua, es decir, el <<paso>> de Yavé por Egipto, implicando inmediatamente el <<éxodo>> de Israel. Finalmente, sobre la montaña de la Transfiguración, según San Lucas, Jesús hablaba con Moisés y Elías <<de su paso>>, que debía cumplirse en Jerusalén.

También en la Encarnación desciende y toma nuestra carne para arrastrarnos detrás de él, viéndole <<de espaldas>> como Moisés, de una ascensión en la que, según la magnífica frase de GREGORIO DE NISA en su *Comentario del Cántico*: <<habrá que alzarse siempre con aquel que se alza realmente; a aquel que corre hacia el Señor no le faltará nunca un vasto espacio. Así aquel que sube no se detiene jamás yendo de comienzo en comienzo, a través de comienzos que no tendrán nunca fin>>. Cfr. L. BOUYER, *ibid*.

<sup>39</sup>La educación del Antiguo Testamento se ordena al arraigo del monoteísmo en la humanidad. Pero, al propio tiempo, representa una preparación a la Encarnación: "Dios creó al hombre en el albor de los tiempos por su munificencia; eligió a los patriarcas para su salud; enseñó a su pueblo indócil a servir a Dios; envió sus profetas a la tierra, acostumbrando al hombre a albergar su Espíritu y a vivir en comunión con Dios>> (IV, 14, 2).

S. IRENEO recibió, obviamente, esta tipología del Nuevo Testamento: <<Pablo dijo: Bebían de la roca espiritual que los segía y la roca era Cristo (I Cor., 10, 4). Todas estas cosas les sucedían en figuras (I Cor 10, 11)>>, tipología que formaba parte de la Tradición de los Apóstoles, uno de cuyos aspectos consiste en ser la interpretación cristológica del Antiguo Testamento.

proyectar y realizar los objetos para el culto. Entra en los reyes de Israel y los hace idóneos para el gobierno del pueblo de Dios: *Tomó Samuel el cuerno del aceite y le ungió en medio de sus hermanos y a partir de entonces se posó sobre David el Espíritu del Señor* (1 Sam 16, 13).

El mismo Espíritu se posa sobre *los profetas* de Dios para que revelen al pueblo Su voluntad: es el espíritu de profecía quien ha animado a los profetas del Antiguo Testamento, hasta Juan Bautista el precursor de Jesucristo. *Yo estoy lleno de fuerza por el Espíritu del Señor, de juicio y de bravura, para denunciar a Jacob su rebeldía y a Israel su pecado* (Mi 3, 8). Esta es la *acción carismática* del Espíritu de Dios, una acción destinada principalmente al bien de la comunidad, a través de las personas que lo han recibido.

Por otra parte, el mismo antiguo Testamento nos presenta también muchos casos de una *acción más constante* llevada a cabo por el Espíritu de Dios que, según el lenguaje bíblico, <<*se posa sobre el hombre*>>, como sucede con los sacerdotes, Moisés, Josué, David, Elías y Eliseo. Sobre todo *los profetas* son portadores habituales del Espíritu de Dios. A través de la *mediación, carismática, más o menos estable*, de los jefes, jueces o reyes, profetas, sabios y sacerdotes, que preanuncian, tipifican y propician la venida del Mesías -ungido por el Espíritu como rey, profeta y sacerdote-, el Espíritu de Dios penetraba y conducía la historia de Israel (AG 17, I, 90, 1).

*Tipología y profecía, acontecimiento y palabra, son inseparables.* Forman una unidad estructural en la autocomunicación salvífica de Dios (Cfr. DV, 1) al servicio de la presencia salvífica del Verbo en el Espíritu -por anticipación y en virtud de la esperanza mesiánica en el futuro Mesías, asegurada por gracias de mediación que preparan y tipifican la mediación “por excelencia” sacerdotal y regal del “*Unus Mediator*”-.

Si bien todas *las profecías* anuncian a Cristo, *algunas* están especialmente *referidas al anuncio del Mesías* -que iba a ser, según anunciaron los oráculos proféticos- lleno del Espíritu del Señor, -y por lo tanto a *la misión visible del Unigénito del Padre* -siempre unida a la del Espíritu-, en la plenitud de los tiempos mesiánicos, en la perspectiva neotestamentaria- y, *otras a la misión invisible del Espíritu vivificante* que el Mesías derrama en los corazones transformándolos e imprimiendo en ellos la ley de YHWH. Esta observación exegética ha sido recogida por el nuevo CEC (nn. 711 a 716).

Se ha observado también que, paralelamente a la *corriente masculina, sacerdotal, profética y regal*, que anuncia proféticamente y anticipa tipológicamente al Mesías, hay *otra corriente femenina* -también *tipológica y profética*- *referida a María y a la Iglesia*, que es esencial para entender -en una de sus dimensiones esenciales- la entera historia de la salvación, asociada al tema de la Hija de Sión, también llamada Virgen de Sión y Madre de Sión, recurrente en numerosas profecías mesiánicas. “María es vista así en el interior de una gran corriente mesiánica femenina, que prepara la comunidad mesiánica, que desemboca en María; inferior, aunque paralela, a la masculina (las figuras de Moisés, del Profeta, del Mesías, del Servidor, el Hijo del hombre etc.) que desemboca en Jesucristo. Es una corriente vinculada a los temas de la ciudad de Sión de Jerusalén”. Según I. de la Potterie esta línea tipológica y profética femenina hace referencia a la que Von Balthasar denomina dimensión o *rostro mariano de la Iglesia* -al don libre de la esposa, que hace posible la salvación- cooperando con el don salvífico de Dios por Cristo en el Espíritu. “*La significación eclesial y mariana de la Hija de Sión es la síntesis de la entera de la entera historia de la Salvación vista desde un lado humano*”, *en tanto que debe cooperar libremente con el don de la esposa para que se realice la obra de la salvación de los hombres, uno a uno*.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup>Esa es la tesis central del estudio capital de I. de la POTTERIE, *María y el Misterio de la alianza*, Madrid 1995. A esta corriente tipológica y profética hace referencia el nuevo Catecismo. <<A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue *preparada* por la misión de algunas antas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf Gn 3, 15) y la de ser la Madre de todos los vivientes (cf Gen 3, 20). En virtud de esta promesa Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. Gen 18, 10-24; 21, 1-2). Contra toda expectativa humana Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf 1 Cor 1,27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf 1S1), Débora, Rut, Judit y Ester, y muchas otras mujeres, María “sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que esperan de El con confianza la salvación que acogen. Finalmente, con ella, *excelsa Hija de Sión*, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación” (Lg 55)>>. (CEC. 489).

Cfr. sobre este tema. J. F. MICHAUD, *Marie et le femme selon Saint Jean*, en <<Eglise et Theologie>> 7 (1976)., 379-396. El título *Mujer* aplicado por Jesús a María en clara alusión de Gen. 3, 15 y Ap 12, 1, se relaciona con el anuncio profético de la “hija de Sión”. Ambos anuncian el mismo misterio *María-Iglesia*, dimensión esencial de la alianza salvífica (I. de la Potterie inexplicablemente no lo ve así).

*La mujer del Protoevangelio se refiere tanto a Eva como a María. A.Eva, de modo inicial, imperfecto, y María, de modo perfecto, en sentido eminente, que incluye también el misterio de la Iglesia. La razón fundamental es esta: las enemistades*

## b/ Movimiento ascendente de retorno al Padre: Merkabah.

En la Antigua Alianza el don del Espíritu, antes de Cristo venido, actuaba y estaba presente en quienes realizaban su obra: reyes, profetas, sabios y sacerdotes fieles piadosos que le servían con fidelidad, por las *gracias de mediación*; bien carismas *intermitentes*, bien más o menos *estables*, en una doble línea, masculina y femenina, que anuncia el cumplimiento de la promesa a Abraham, que se cumple en la descendencia -en singular, que es la estirpe de la Mujer del Génesis, la Hija de Sión, Virgen y Madre de los tiempos mesiánicos-. Eran gracias ordenadas al bien de la comunidad, en virtud de una *presencia salvífica casi-sacramental* del Verbo y del Espíritu (la *Schekinah*) en el Arca de la Alianza, centro del culto y de la pervivencia misma de Israel como pueblo de Dios. Tales gracias de mediación *se ordenaban a la comunión salvífica con Dios que se actuaba* solamente en *aquellos que libremente abrían su corazón al don salvífico* ofrecido en aquellas mediaciones de la *doble misión visible trinitaria* (visible, repito, en sentido amplio y siempre a la luz del Nuevo Testamento) cooperando activamente con él.

Se trata de la *acción santificante del Espíritu Santo, destinada a la transformación interior de las personas para darles un corazón nuevo*, unos sentimientos nuevos. En este caso, el destinatario de la acción del Espíritu del Señor no es la comunidad sino la persona en particular. Esta segunda acción por la *misión invisible del Espíritu aunque presente y efectiva desde las puertas del paraíso perdido, empieza a manifestarse, de manera refleja, relativamente* tarde en el Antiguo Testamento. Los primeros testimonios los encontramos en el libro de Ezequiel, donde Dios afirma: *Os daré un corazón nuevo, pondré dentro de vosotros un Espíritu nuevo, cambiaré vuestro corazón de piedra por uno de carne. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros y haré que viváis según mis preceptos, y haré que observéis y pongáis en práctica mis leyes* (Ez 36, 26-27). En el salmo 51, el "Miserere", encontramos otra alusión, donde se implora: *No me rechaces de tu presencia y no me prives de tu Espíritu*. El Espíritu del Señor empieza a configurarse como *una fuerza de transformación interior que cambia al hombre y lo eleva por encima de su maldad natural, hacia alturas donde habita YHWE*, sobre la Merkabah de los querubines, como Elías fue arrebatado por el carro de fuego, suprema aspiración de la mística judía.

En este sentido, hemos de discernir en las grandes pruebas del pueblo elegido -muy especialmente en la purificación del exilio-, otros tantos "*kairoi*" de *ascenso en el proceso de retorno a Dios* por la gracia que -como *sombra de la Cruz salvífica*- actúa antes de la venida del Mesías. <<El olvido de la ley y la infidelidad a la Alianza llevan a la muerte: el Exilio, aparente fracaso de las Promesas, es en realidad, fidelidad misteriosa del Dios Salvador y *comienzo de una restauración prometida, pero según el Espíritu*. Era necesario que el Pueblo de Dios sufriese esta purificación (cf Lc 24, 26); el Exilio *lleva ya la sombra de la Cruz* en el designio de Dios, y el resto de los pobres que vuelven del exilio es una de las figuras más transparentes de la Iglesia" y la raíz del olivo de la que ella brotaría. En el se insertarían los pueblos gentiles>>. (CEC n.710)<sup>41</sup>..

---

(imperfectas) entre el diablo y Eva con su linaje comienzan desde la penitencia de Eva, y debían tener un perfecto *cumplimiento - a través de una larga serie de mujeres santas, en las que la tradición ha visto tipificada a María- en María*. En el v.15 se habla proféticamente de otra mujer, de una mujer futura, diversa de aquella de la que el texto había hablado hasta aquél momento, puesto que sólo a esta mujer futura pueden atribuirse la enemistad absoluta (y por tanto, la impecabilidad) enunciadas en aquél versículo. Es <<la Mujer>> de Caná (Jn 2, 4), del Calvario (Jn 19, 25) y del Apocalipsis (Ap 12, 1), que, en su sentido pleno, es nombrada en su verdadera identidad de arquetipo perfecto de la Iglesia que, como nueva Eva, participa de la condición inmaculada y fecunda de la Mujer. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología implícita en el Protoevangelio*, cit., 548 ss.

<sup>41</sup> <<La ley, signo de la Promesa y de la Alianza, habría debido regir el corazón y las instituciones del Pueblo salido de la fe de Abraham. "Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza... seréis para mi un reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex 19, 5-6; cf 1, P 2, 9). Pero después de David, Israel sucumbe a la tentación de convertirse en un reino como las demás naciones. Pues bien, el Reino objeto de la promesa hecha a David; pertenecerá a los pobres según el Espíritu>>. Esos "pobres (*anawim YHWE*) constituyen, después del exilio, "el resto de Sión, "que serán llamados santos y serán inscritos para sobrevivir en Jerusalén" (Is, 4, 2-3). Este resto -tan recurrente en los profetas, en especial desde el exilio- es la supervivencia cualitativa del pueblo elegido, concretamente, es ese reducido grupo de supervivientes que, tras el regreso del exilio, habrá de ser diezmado y purificado aún (Zac 1, 3; 8, 11), pero que pese a todo subsistirá y será testigo, a la vez, de la *cólera de YHWE* contra su pueblo y sobre todo de su gracia y de su fidelidad. *Ese "resto" no es, pues, un simple resto sociológico, una simple reliquia; sino un germen y una esperanza, un Israel cualitativo*. En efecto, en él se recapitula y se totaliza realmente todo el pueblo de Israel, por cuanto ese resto es el portador del factor constitutivo del pueblo de Israel, la promesa. Las naciones paganas, en cambio, no pueden tener un resto (Am 1, 8; Is 15, 9), mientras que el resto de Israel surgirá un día. Aquel que por sí solo recapitulará y salvará al Israel nuevo: *el único restante del calvario*, como alguien le ha llamado. Cfr. P. FAYNEL, *La Iglesia, I*, Barcelona 1982, 41.

Con todo es indiscutible que el Espíritu no fue dado ni revelado bajo la Antigua Alianza en las mismas condiciones que en la Nueva, la de la Encarnación y de Pentecostés. Los textos escriturísticos hacen clara alusión a una diferencia de estatuto. Esta diferencia es innegable. Todo el mundo la reconoce<sup>42</sup>, pues está claramente manifestada en el Nuevo Testamento. Especialmente tajante es la afirmación de S. Juan: «Pues aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado todavía» (Jn 7, 39). Es la afirmación rotunda de que la pascua-glorificación de Cristo inauguró un régimen nuevo en la comunicación del Espíritu a los hombres. ¿Cómo interpretar estos textos?

Los padres de expresión griega (cómo Ireneo, Crisóstomo, Cirilo de Alejandría) y algunos latinos (Tertuliano) siguen éste y los otros enunciados escriturísticos equivalentes al pie de la letra; y distinguen, hasta llegar a oponerlos, no sólo los regímenes antiguo y nuevo, sino la condición de la gracia antes y después de Cristo. Antes de él, existían dones del Espíritu, pero el Espíritu no había sido dado aún personalmente. No habitaba sustancialmente en los fieles.

El conjunto de los latinos -Agustín, León Magno, Tomás de Aquino- reconocen la diferencia de régimen de las dos alianzas, pero sostienen que los justos del Antiguo Testamento, personalmente sobre la base de su fe en el Cristo venidero, disfrutaban de la misma situación que los cristianos y que tenían, como estos, la cualidad de hijos de Dios y la habitación sustancial del Espíritu Santo. La encarnación y pentecostés supusieron únicamente una difusión más amplia y más abundante de esta gracia y de esta presencia del Espíritu. Esta misma posición sostuvieron León XIII y Pío XII<sup>43</sup>.

No parece concebible -los esfuerzos que se han hecho para sostener la tesis contraria que citamos en nota no son convincentes<sup>44</sup>- una gracia justificante que no sea consecuencia de la inhabitación, misión del Espíritu configurante con Cristo, de cuya plenitud de Filiación y de gracia capital hace partícipe por anticipación a cuantos tenían en Él puesta su confianza. Después de la derrota en Trento de la tesis de Seripando tras el discurso de Lainez sobre la justificación (el único que aparece, en su integridad, recogido en la actas del Concilio) no parece posible separar justificación de gracia sobrenatural de filiación.

A mi modo de ver, la diferencia fundamental -de orden intensivo- era consecuencia de la ausencia del cauce sacramental de la Iglesia institucional. Es evidente que la vinculación a la misma por los caracteres sacramentales -que postulan innumerables gracias "crificantes", de mediación y de vida

---

<sup>42</sup>Cfr. Y CONGAR, *El Espíritu Santo*, cit 278 ss. En su comentario de 1 Cor 15 (lect. 7: ed Cai, nº 993), Tomás escribe: *Sicut Adam consecutus est perfectionem sui esse per animam* (y de esta manera no fue sino alma viviente) *ita et Christus perfectionem sui esse in quantum homo per Spiritum Sanctum* (y así puede ser Espíritu que da la vida).

“Yo os digo: entre los nacidos de mujer, no hay ninguno mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él” (Lc 7, 28; cf Mt 11, 11). “La ley y los profetas llegan hasta Juan; desde entonces se anuncia el evangelio del reino de Dios” (Lc 16, 16). “Ni yo mismo le conocía; pero Aquel que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ese es el que ha de bautizar con el Espíritu Santo” (Jn 1, 33; cf Mt 3, 11; Act 1, 5). Sobre el tema, cfr. Y. CONGAR, apéndice III de *Le mystère du Temple ou l'Économie de la Présence de Dieu à sa créature, de la Genèse à l'Apocalypse* (<<Lectio divina>> 22), París 1958, 1963., 302-342.

<sup>43</sup>León XIII, encíclica *Divinum illud munus* (ASS 29) [1987] 650-651; Pío XII, encíclica *Mystici Corporis* (AAS 35 [1943] 206-207).

<sup>44</sup> Recientemente ha habido propuestas de aproximación a la perspectiva griega, como la de G. PHILIPS (*La grâce des justes de l'Ancien Testament*, Ephem. Theol. Lov. 23 (1947) 521-556; 24 (1948) 23-58)), que admite que la gracia de los justos del Antiguo Testamento es la única gracia de Cristo. Pero, tomando de nuevo la idea lanzada por el padre M. de la TAILLE de la gracia como *actuación creada por el Acto increado*, consideraba esta gracia como dependiendo del tiempo de las preparaciones, teniendo necesidad de una nueva actualización, ligada a las misiones históricas del Hijo y del Espíritu, para obtener los efectos plenos de la gracia de filiación e inhabitación. De esta manera la diferencia entre estos justos y los cristianos no era solamente de grados individuales, como se dan entre un alma y otra dentro del cuerpo místico, sino de grados “económicos”.

Y. CONGAR (*El Espíritu Santo*, cit. 278 ss.) propone, a su vez, una hipótesis parecida. “La gracia -escribe- no es una mera realidad creada en nosotros (como una cosa). Antes que eso es complacencia y acto de Dios: el hecho de haberla creado deriva de ese acto, y luego siguen su cualidad, el grado y el modo. Desde los patriarcas hasta nosotros, desde María hasta el más humilde de los fieles, existe un único plan de *charis*, gracia y dones diversos *kata ten kharin*, según la gracia. Si Dios se complace hoy en nosotros como miembros efectivos del cuerpo de su Hijo amado y nos da <<a beber>> de su Espíritu (1 Cor 12, 13), se complacía también de los justos de la Antigua Disposición en cuanto estaban ordenados a Cristo y a la promesa del Espíritu; tendían estos a su cumplimiento como desde lejos. Su gracia de justicia sólo podía alcanzar el grado normal supuestas la venida de Cristo y su Pasión”. Hasta entonces, según Congar, la gracia justificante no ejercía en ellos los efectos formales o frutos de filiación o inhabitación. Ilustra su interpretación en la revelación de Cristo a los espíritus en prisión cuando descendió a los infiernos “para que vivan en espíritu según Dios” (1 Pe 3, 19), liberando con su contacto, las virtualidades de una gracia que no podía alcanzar su término.

sobrenatural- conducen, de suyo, a una plenitud de gracia creada antes impensable. Pero se trata obviamente de *una diferencia meramente gradual de una realidad sobrenatural -de gracia creada- sustancialmente una.*

Por eso, aunque en la antigua ley Dios mismo se daba a los hombres con sus dones salvíficos, justificándolos e inhabitando en ellos, no alcanzaba ni de lejos la plenitud de la nueva Alianza. En ella se da el Espíritu sin medida. Tampoco esta plenitud es ahora absoluta, pues otorga sólo -antes de la Parusía- las primicias del Espíritu en espera de la consumación escatológica. Una nueva comunicación del Espíritu la llevará entonces -como veremos- a su fructificación definitiva en el Reino consumado de la recapitulación de todo en Cristo<sup>45</sup>.

## B. VERBUM INCARNATUM

La segunda etapa es la de la existencia histórica de Jesús desde la Encarnación hasta la Pascua en su obrar salvífico, al quiso asociar tan sólo a su Madre.

### 1. *La recapitulación de todo en Cristo, nuevo Adán.*

*Al Espíritu Santo le ha sido confiada la misión de actualizar en el tiempo el designio amoroso de Dios que, a partir de la creación del universo, especialmente del hombre creado a “imagen y semejanza de Dios”, y “hablando por medio de los profetas” manifiesta progresivamente el Logos de Dios en la historia. Y es el Espíritu quien, en la “plenitud de los tiempos”, hace que se realice el vértice de la autocomunicación de Dios con la humanización del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María (cf. Lc 1, 35), solidario con todos y cada uno de los hombres, a título de cabeza potencial de un organismo de salvación que reúne a los hijos de Dios dispersos por el pecado (Jn 11, 52), y todo lo recapitula (Ef 1, 10). Para Ireneo, la humanidad de Cristo es el centro misterioso de la creación de Dios, el foco al cual converge todo, el lazo de unión de las cosas terrenas y las cosas celestes en el vértice de la autocomunicación de Dios que culmina en la Cruz, que todo lo atrae hacia sí (Jn 12, 32).<sup>46</sup>*

*Así Cristo se convierte en el nuevo Adán, con el que el ser humano comienza de nuevo. “El Hijo del hombre nacido de mujer -escribe S. Ireneo- recapitula en sí mismo a aquel hombre primordial del que se hizo la primera mujer, para que así como nuestra estirpe descendió a la muerte a causa de un hombre vencido, ascendamos a la vida gracias a un hombre vencedor. El enemigo no hubiera sido vencido con justicia si el vencedor no hubiera sido un hombre nacido de mujer, por la que el enemigo venció”, en cuya victoria asocia a la Mujer, que es con El también “causa salutis”<sup>47</sup>. Es la raíz del misterio de la Iglesia, el Cristo total “una persona mística”<sup>48</sup> constituida a su vez -he aquí “el misterio” por excelencia, el núcleo del misterio de Cristo que le fue manifestado a Pablo- por la fecunda unión*

<sup>45</sup> *Esta parece ser la interpretación de Juan Pablo II en sus conocidas catequesis sobre el Espíritu Santo (en las AA. GG. de Febrero y Marzo de 1990), especialmente en su Comentario al Salmo 50. Las gracias de mediación de los personajes ungidos de la antigua ley se ordenaban a la santidad del pueblo de Dios. “El Espíritu divino, según la Biblia, no es sólo luz que suscita profecía o las funciones de mediación cultural o de guía del pueblo, sino también fuerza vital que santifica”. En efecto, el espíritu de Dios comunica la santidad, porque Él mismo es <<espíritu de santidad>>. Se atribuye este apelativo al espíritu divino en el capítulo 63 del Libro de Isaías”.*

*Una cosa es, según Juan Pablo II, la conciencia -ausente entonces-, y otra la realidad de la gracia de inhabitación del Espíritu Santo, que actuaba por anticipación de su donación salvífica desde el trono triunfal del Calvario, en los corazones que tenían puesta su confianza en la obra salvífica del Mesías prometido. Cfr. sobre el tema mi artículo cit. La doble misión, de “Eph. Mariologicae” 1998, III, A, 2, b.*

<sup>46</sup> Cfr. J. DANIELOU, o. c., 56 ss; A. ORBE, *Parábolas evangélicas de S. Ireneo*, Madrid BAC 1972, t. II, 117-177.

<sup>47</sup> S. IRENEO, *Adv. haereses*, 5,21,1.

<sup>48</sup> G.S. 22. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia*, cit., 825 ss., donde distingo los tres sentidos de la expresión “una persona mística”, que forman Cristo y los hombres que vino a recapitular como nuevo Adán. 1. Solidaridad, desde la Encarnación, con todos los hombres -uno a uno- hasta la “hora” el sacrificio Pascual. 2. La Iglesia esposa, que nace del Costado abierto, llamada a cooperar a la salvación del mundo (como sacramento universal de salvación) con el don de la esposa que, unido al don salvífico del Esposo, realiza la progresiva formación del Cuerpo de Cristo. 3. El Cristo total escatológico de la rrecapitulación de todo en El, cuando, completado el número de los elegidos, Dios sea todo en todos. Se evita así la banalización del Bautismo y -con la consiguiente necesidad de la libre cooperación de cada hombre en la obra de la redención, propia y ajena- de la Iglesia institucional en la línea de un falso cristianismo anónimo, que confunde la Iglesia con aquella solidaridad de Cristo con todos los hombres en virtud de la Encarnación.

*esponsal de dos -Cristo y la Iglesia- en un sólo cuerpo (Ef 5,27) culminación del misterio de la alianza salvífica de Dios con los hombres.*

*Significa además –en un sentido escatológico–, la recapitulación final y triunfante de todo cuanto existe de perfección, de inteligencia, de amor y de belleza, en la creación, por la redención consumada de Cristo glorioso entronizado a la derecha del Padre como Cabeza de todos los elegidos – de ella tratamos temáticamente más adelante–, cuando entregue el Reino al fin de los tiempos, en la transfiguración del Cosmos<sup>49</sup>. Esta progresiva recapitulación se cumple en el doble movimiento de la alianza ascendente y descendente, simultáneo en el tiempo, pero con un “prius” lógico y de fundamentación ontológica del primero respecto al segundo.*

## **2. El doble movimiento de las misiones del Verbo y el Espíritu en la Encarnación redentora.**

La primera y suprema maravilla -dice Juan Pablo II- realizada por el Espíritu Santo es Cristo mismo (AG, 18-III, 90, 3).

<<La concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación: la suprema gracia, "la gracia de unión" personal de la Humanidad de Jesús con el Verbo unido como Mesías, Único Mediador, fuente de todas las demás gracias, como explica Santo Tomás (cfr *Summa Theol.* III, q. 7, a. 13)...

**a) Movimiento descendente (“Exitus”). Cristo constituido mediador de la nueva alianza en misteriosa solidaridad con todos los hombres como cabeza potencial de la nueva humanidad - nuevo Adán- por obra del Espíritu**

*Desde el primer momento de la concepción, este Hombre, que es el Hijo de Dios, recibe del Espíritu santo una extraordinaria plenitud de gracia de mediación y de vida. Plenitud de mediación, por la gracia de unión (hipostática) que lo constituye en Sacerdote, Profeta y Rey (Pontifex, según el orden de Melquisedeq (Heb 6, 20)) del que toda otra mediación salvífica es, o bien dispositiva -en la Antigua Ley- o participación que la hace presente manifestando su eficacia sin medida<sup>50</sup>. Plenitud de vida, de verdad y de gracia, de la que todos recibimos (cfr. Jn 1, 14), correspondiente a la dignidad de su Persona divina (cfr Santo Tomás, *Summa Theol.* III, q. 7. aa. 1, 9-11) que alcanza a toda la humanidad del Hijo de Dios, a su alma y a su cuerpo. “Por obra del Espíritu Santo, es superada, en la*

---

<sup>49</sup>1 Cor. 15, 25–28. *Se puede hablar, además, de otra recapitulación, esta vez de Cristo paciente, que es anterior y fundamento de aquella escatológica recapitulación final y triunfante; a saber, la recapitulación de toda la sangre inocente derramada desde el principio del mundo, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, a la que se refiere Luc. 11,50. S. Ireneo la llama recapitulación de toda la sangre de los justos y de los profetas derramada desde el principio, que comprende también todas las cosas heridas por el pecado para salvarlas: "para salvar", al fin, en Él mismo, lo que había perecido al comienzo en Adán". Observa S. Jerónimo que esta recapitulación tiene lugar en las horas supremas que comienzan en la agonía y acaba en la inmólación de Cristo en la Cruz. Esto quiere decir que en el momento de su Pasión Jesús ha recapitulado en sí todos los sufrimientos de la humanidad. No ha cargado sólo con los pecados de todos, "factus pro nobis maledictum" <sup>49</sup>, sino que también ha llevado recapitulado en sí todo el dolor humano. "Como Él ha tomado mi voluntad, también ha tomado mi tristeza". (S. AMBROSIO, *De Fide, ad Gratianum imperatorem*, II c. 7, e. 33. Cf. Charles JOURNET, *L'entrée du Christ dans son Eglise pélerinante*, "Nova el vetera", 1954, I, p. 67 ss. J. MARITAIN, *De la grâce de l'humanité de Jesús*, París 1967., 40 ss).*

*Esta recapitulación de dolores no hace referencia a los sufrimientos que el Señor ha padecido "personalmente" en el cuerpo y en el alma, que estudia la Summa Theologica (III, 46,5 y 6), sino a esa masa sin límites de los dolores físicos y morales de sus miembros potenciales, que ha cargado místicamente sobre sí por compasión, de tal manera que aquellos terribles sufrimientos personales no han sido la culminación de ese mar de dolor. PASCAL escribió en "Le Mystère de Jesús": "Yo pensaba en tí en mi agonía; no solamente para curar tus pecados, sino para sufrir contigo tus dolores". No es otro el fundamento del valor salvífico del sufrimiento humano que coopera -aportando lo que falta a la pasión de Cristo- a la obra de la Redención, haciéndose presente en ellos en virtud de esa misteriosa "recapitulación" del nuevo Adán como Cabeza de la nueva humanidad rescatada en la Cruz salvadora.*

<sup>50</sup> Tanto en María -en el orden de la redención adquisitiva y en su efectiva dispensación-, como en las mediaciones de orden sacramental o carismática, que se otorgan para tener parte en la obra de la salvación- en el orden de la redención subjetiva nada más. A estos últimos pertenecen tanto los dones jerárquicos (fundados en los caracteres sacramentales) como carismáticos (concreciones de los anteriores en función de las divinas misiones eclesiales de los miembros de la Iglesia según su vocación personal).

Encarnación del Verbo -enseña Juan Pablo II (AG, 23-V-90)-, aquella concupiscencia de la que habla el Apóstol Pablo en la *carta a los Romanos* (cfr Rom 7, 7-25) y que desgarrá interiormente al hombre”.

El cuerpo humano del Hijo de María *participa plenamente en esta santidad con un dinamismo de crecimiento que tiene su culmen en el misterio pascual*. así tendrá inicio un nuevo destino del cuerpo humano y de <<todo cuerpo>> en el mundo creado por Dios y llamado, incluso en su materialidad, a participar de los beneficios de la redención (cfr Santo Tomás, *Summa Theol.* III, q. 8, a. 2).

Juan Pablo II llega a afirmar que el Espíritu Santo ha dejado la impronta de su propia personalidad divina en el rostro humano de Cristo.

“Del examen de textos evangélicos emerge *una verdad esencial*: no se puede comprender lo que ha sido Cristo, y lo que es para nosotros, independientemente del Espíritu Santo. Lo que significa que no sólo es necesaria la luz del Espíritu Santo para penetrar en el misterio de Cristo, sino que se debe tener en cuenta el influjo del Espíritu Santo en la Encarnación del Verbo y en toda la vida de Cristo, *para explicar el Jesús del Evangelio*. El Espíritu Santo ha dejado *la impronta de la propia personalidad divina en el rostro de Cristo*. (...) Por ello, toda profundización del conocimiento de Cristo requiere también una profundización del conocimiento del Espíritu Santo. <<Saber quién es Cristo>> y <<saber quién es el Espíritu>>; son dos exigencias unidas indisolublemente, que se influyen mutuamente” (AG, 28, III, 90, 6).

Como decía el Beato Josemaría E., “en Cristo la plenitud ha llegado ya. No hay una nueva meta a que llegar”. Todo lo acontecido en la historia anterior es mero despliegue del acontecimiento *CRISTO* en la Espíritu, bien por anticipación -antes de su venida- bien por derivación de su plenitud desbordante.

*En el momento mismo del “descenso” (“exitus”) del Verbo, al encanto de las palabras virginales en Nazareth, quedó constituido el ser teándrico de Cristo Mediador, Cabeza potencial del organismo de salvación que será el cuerpo de Cristo -Cabeza de la Iglesia- formalmente constituido como tal en la consumación de la Obra redentora en la Pascua del Señor.*

San Ireneo y los padres griegos de la gran época patrística son la fuente de inspiración de "GS 22", que hace referencia a este tema: "En la Encarnación Cristo se unió en cierto modo a todo hombre". Esa unión de todo hombre con el Verbo encarnado no debe interpretarse como una especie de santificación "por contagio", que haría inútil el bautismo y la Iglesia institución en la línea de un falso cristianismo anónimo. Alude el Concilio precisamente a esta solidaridad de Cristo con los hombres en cuanto asume el papel de cabeza desempeñado por el primer Adán, formando con ellos como una "persona mística" (S.Th III,48,31),<sup>51</sup> para hacer así posible la Redención por vía de satisfacción. Es, pues, una capitalidad a título de presupuesto de la Redención, distinta (como la virtual de lo actual) de la capitalidad que le compete respecto al cuerpo místico, su “mística esposa” (B) (Cfr. Ef 5, 25), que surge del costado abierto de Cristo, como consecuencia de su acción redentora, consumada en el misterio pascual y actualizada progresivamente, por la fe y los sacramentos, en aquellos hombres que reciben libremente el fruto de la Redención ya realizada.<sup>52</sup>

---

<sup>51</sup> Cf A.ORBE, *Parábolas evangélicas de San Ireneo*, Madrid BAC 1972, t.II, pp.117-177. "Cristo toma al encarnarse a todos los hombres, como la oveja perdida, sobre sus hombros". El tema de la solidaridad con la humanidad del viejo y del nuevo Adán puede verse tratado en J M BOVER, *Teología de S.Pablo*, Madrid, 1960, L MALEVEZ "l'Eglise dans le Christ" RSR, 1935, entre otros. No es una mera unción moral, como opinan los AA como SALTIER. *Redemptor hominis*. AAS (1979) 283. Gracias a esta solidaridad se lleva a cabo entre Cristo y la humanidad el "admirabile commercium", por el cual Cristo carga sobre sí con todo el cúmulo de pecados de los hombres, satisfaciendo infinitamente por ellos ante el Padre, y los hombre podemos ser interiormente renovados por la gracia de Dios y ser "constituidos justos" (Rom 5,19), cuando se nos aplican los méritos de la vida, pasión y muerte del Señor (Conc. Trento, Denz.792a-800).

<sup>52</sup> Cf. J.H. NICOLÁS, *Synthèse dogmatique*, París 1986, p.441. P.PRAT, *Teología de S.Pablo*, II, pp. 235 ss. OCÁRIZ, MATEO SECO, RIESTRA, *El misterio de Jesucristo*, 1991, pp.278 y 386. A esa primera acepción (a) alude S.Agustín en su famosa sentencia: "Ecclesia in illo patiebatur quando pro Ecclesia patiebatur"; es decir, estaba virtualmente presente en El como Cabeza potencial de su Cuerpo místico. Pero, como señalamos en el texto, la Iglesia en sentido propio y formal -la persona mística esposa santa e inmaculada del nuevo Adán- no surge hasta el misterio Pascual (b), que es el momento originario de su ontológica fundación. Gestada en el sueño de la muerte en el Calvario, es dada a la luz en Pentecostés. A ella alude S.Agustín cuando escribe: "Mortur Christus ut fiat Ecclesia, mortuo Christo". Estos y otros textos de San AGUSTÍN pueden verse comentados en M.J. SCHEEBEN (*Los misterios del cristianismo*, Barcelona 1960 p.481), que ve en el misterio de la acción redentora de Cristo un influjo sobre la naturaleza humana en cuanto tal. Influjo que no es sólo moral (que solicita a Dios conferir la gracia) sino físico y dinámico, en cuya virtud dispone al hombre a recibir la gracia. Para su recepción de hecho es precisa la libre aceptación personal, por la fe y los sacramentos, del don salvífico. De manera parecida se expresan AA como P. GLORIEUX, A. PIOLANTI, J. GALOT, D. SPADA. Cfr. P. O'CALLAGAN, *La mediación de Cristo en su Pasión*, en Ser. Theol.18 (1986) pp. 786 ss.

*Esta plenitud de gracia -de mediación y de vida- del Hijo de Dios como hombre, como Hijo de María -santidad fontal-, tiene su origen en la unión hipostática- por obra del Espíritu Santo -en la que se cumple la nueva y definitiva alianza salvífica que reconcilia al hombre con Dios-, que seguirá actuando en Cristo impulsándole al cumplimiento de su misión salvífica desde el “ecce venio”<sup>53</sup> del instante de su ingreso en este mundo en el que se cumple la Encarnación redentora en un movimiento ascendente hasta coronar su propia obra maestra cuando ofrece su vida por el Espíritu eterno (Heb 9, 14) en el misterio pascual del que emerge la Iglesia formalmente constituida.*

#### **b) Movimiento ascendente (“reditus”) del progreso histórico de la humanidad de Cristo por obra del Espíritu hasta la consumación pascual.**

<<Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres>> (Lc 2, 52; cfr Lc 2, 40). Se puede hablar de <<crecimiento>> en la santidad, en el sentido de una cada vez más completa actuación -no sólo manifestación- de aquella fundamental plenitud de santidad con que Jesús vino al mundo a lo largo de la existencia histórica de Jesús hasta su consumación Pascual.

Aquí es esencial comprender bien, con todo -si queremos evitar graves desviaciones muy extendidas; muy viejas, pero muy pertinazmente presentes en la teología actual, también en la Cristología<sup>54</sup>- recordar *la llave* -como observa justamente el Card. Ch. Journet- que abre todas las cerraduras y *sin la cual, por hábil y sabio que un cristiano sea, trabajaría siempre en vano*: cuando se trata de la aparición del mundo, de la aparición de la vida, de la aparición del alma humana, de la aparición e la gracia santificante y del primer Adán, *lo que hay que considerar es, ante todo, el movimiento de descenso por el cual la divinidad, rompiendo con lo que le precedía, inaugura un orden nuevo superior, discontinuo; y después, solamente después, el movimiento de ascenso por el cual un ser preexistente se encamina de un modo continuo hacia sus fines proporcionados; o prepara, bajo la influencia de una moción que lo eleva, un orden que le sobrepasa.*

Cristo poseyó la plenitud de gracia inmediatamente, no progresivamente. *“En el misterio de la Encarnación, hay que considerar bastante más el movimiento de descenso de la plenitud divina en la naturaleza humana, que el movimiento de progreso por el que una naturaleza humana preexistente se volviera hacia Dios”<sup>55</sup>.*

No debe olvidarse, que según S. Juan, la plenitud desbordante de gracia consumada, que implica la visión facial de Dios (*plenum gratiae et veritatis* Jn 1, 4), le corresponde desde que es constituido *mediador* en el instante del *ecce ancilla*, que es el del *ecce venio*, cuando “al encanto de las palabras virginales”<sup>56</sup> *el Verbo se hizo carne, propter nos homines et propter nostram salutem*, en plenitud de vida comunicativa, que implica gracia consumada en visión. Aunque no invadió aquella plenitud de modo plenario su Humanidad hasta la Pascua -sólo entonces entró su humanidad íntegramente en la gloria de su plena semejanza divina-, ya poseía, al menos, en el ápice de su espíritu, aquella plenitud de

---

<sup>53</sup> Sobre la necesidad de una “cristología del Espíritu”, verdadera y genuina, que debe fundirse con una cristología del Verbo, cfr. la rica y documentada monografía de M. BORDONI, *La cristologia nell'orizzonte dello Spirito*, Brescia 1995, 201 ss; M. A. CHEVALIER, *Souffle de Dieu: le Saint Esprit dans le N. T.*, 3 vols., París 1990-91.

<sup>54</sup> Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Sobre la inteligencia humana de Cristo. Examen de las nuevas tendencias*, en Actas del XVIII Symp. de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 465-517. Muestro ahí como la perspectiva alejandrina (de arriba abajo) si bien complementaria a los de inspiración antioquena (de abajo arriba), -más atenta a la plena historicidad de la condición kenótica de siervo del “*perfectus homo*”-, debe primar sobre esta última, pues Cristo no es “*purus homo*”. De lo contrario encontraremos notables desviaciones como puede comprobarse en numerosas cristologías de abajo arriba no calcedonianas que ahí se examinan, junto con otras propuestas muy valiosas (J. Maritain, V. Balthasar, González Gil, p. ej.) que toman en consideración el pleno reconocimiento de la condición histórica de la existencia pre-pascual de Cristo, superando las deficiencias de la Teología clásica -poco sensibles a la condición histórica del hombre y a la profundización de la noción de conciencia-, pero sin abandonar la gran Tradición en continuidad de homogéneo desarrollo, en la línea ya emprendida antes en la Cristología francesa de entreguerras, muy influida por el gran Doctor de Alcalá Juan de SANTO TOMÁS, que muestra la necesidad funcional de las tres ciencias -adquirida, infusa y de visión-, para el ejercicio de su misión salvífica (y su compatibilidad, en la oscuridad del misterio impenetrable de la psicología de quien no es “*purus homo*”).

<sup>55</sup> S. Th. III, qu. 34 a. 1, ad 1. “El Cuerpo de Cristo fue asumido por el Verbo inmediatamente, no progresivamente: No hay que imaginarse aquí un movimiento ascensional por el que un ser preexistente sería conducido poco a poco a la unión divina, como lo creyó Fotino, que fue hereje; téngase ante todo cuidado con el movimiento de descenso del Verbo de Dios que, siendo perfecto, asume una naturaleza imperfecta”.

<sup>56</sup> J. ESCRIVÁ de BALAGUER, *Santo Rosario*.

gracia consumada que invadirá la integridad de su Humanidad en la hora de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12,23) en el trono triunfal de la Cruz. Es entonces cuando es *formalmente* constituido nuevo Adán, Cabeza de la nueva humanidad a la que ha venido a "recapitular" (Ef. 1,6) en la nueva estirpe de los hijos de Dios.

Todos los *acta et passa Christi*, son *ejercicio de su mediación sacerdotal*, de infinito valor satisfactorio y meritorio. En virtud de la plenitud de caridad y gracia de su alma santísima, todos ellos son *causa salutis aeternae* (Heb 5, 9). Pero lo son, de hecho, *en tanto que finalizados intencionalmente al holocausto supremo de la Cruz* -el sacrificio del Calvario- *en obediencia amorosa al mandato de su Padre* (de la Trinidad-, que dispuso que se realizase así la redención afectiva de la humanidad) que es el *alma* de la Redención del Unus Mediator. (1 Tim 2, 5)

El *pleroma* de gracia y de verdad del que todos recibimos la salvación, no admite, pues, crecimiento propiamente intensivo, *Jesús es ontológicamente Hijo de Dios por la unión hipostática*, templo del Espíritu, *plenamente santificado por el Espíritu en su humanidad* -en el ápice de su espíritu creado-, en el "*fiat*" de María, en el instante mismo de su concepción. *Pero estaba sometido -como perfecto hombre que asumió el estado kenótico propio del siervo- a la ley del progreso histórico no en el sentido ontológico intensivo, sino una de progresiva penetración de aquella plenitud de gracia creada, por obra del Espíritu, en las dimensiones de su ser y obrar teándricos y en el nivel de conciencia explícita y comunicable de su Humanidad santísima.*

*Después de la Encarnación se produjeron sucesivas venidas del Espíritu* -así lo testifican los textos neotestamentarios, principalmente Lucas y Juan-, que iba infundiendo una caridad y obediencia "infinitas" ("relativamente" a cada estadio histórico de su existencia histórica como "viador") en el alma humana de Cristo -en el estado *kenótico* propio del siervo-, para impulsar su obra salvífica, hasta su consumación pascual. *Especialmente en el bautismo del Jordán y en la "Hora" de Jesús.* Debemos respetar los momentos privilegiados<sup>57</sup> o etapas sucesivas de la historia de la salvación y dar todo su realismo a los textos del Nuevo Testamento, que manifiestan con claridad que se dan primero en el bautismo y después en la resurrección-exaltación, dos momentos de actuación nueva de la *virtus* (de la eficiencia) del Espíritu de Jesús, *en cuanto es constituido (no sólo declarado) por Dios -respectivamente- Mesías-Salvador<sup>58</sup> y, posteriormente, Señor.* Antes de la Pascua el Espíritu es dado a Jesús; después de la muerte y resurrección es Jesús quien da el Espíritu, inaugurando el tiempo escatológico que caracteriza el peregrinar de la Iglesia en la historia.

La "*Hora*" de Jesús, es el momento supremo establecido por el Padre para la salvación del mundo; la Hora de la glorificación del Hijo del hombre, cuando atrae todo hacia sí en el trono triunfal de la Cruz (cfr Jn 12). Jesús muriendo a impulsos del Espíritu eterno (Heb 9, 14), que poseía como hombre en plenitud de gracia y de verdad "transmitió el Espíritu" (Jn 19, 30), expresión que históricamente significa devolver al Padre, mediante la muerte, aquel soplo vital que de El había recibido, pero que teológicamente indica también el don del Espíritu a los creyentes. Aquel Espíritu que El mismo ha recibido del Padre, se derrama ahora como fruto de la Cruz, en el mismo el momento en que, después de la resurrección, dirigiéndose a los Once, alentó sobre ellos y les dijo: "recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 22). La resurrección-glorificación es el momento decisivo para que Jesús adquiera de una manera nueva la cualidad de Hijo en virtud de la acción de "Dios" por medio del Espíritu. Nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu santificador, a partir de su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro (Rom 1, 3-4)<sup>59</sup>.

---

<sup>57</sup> Pueden destacarse otros especialmente significativos, como hace Juan Pablo II en sus espléndidas catequesis de 1990. Entre ellas la experiencia del desierto (AG 26-VII-90) el discurso en la sinagoga de Nazareth (Lc 4, 16-21), y la oración de Jesús, especialmente en la exaltación en el Espíritu de Lc 10, 21 (AG 25-VII-90).

<sup>58</sup> Cfr. E. ROMERO POSE, *El Jordán, la Unción en la Carne*, "Cuadernos de Teología, Deusto", n. 16, Bilbao 1998, 78 ss. "El Espíritu descansa en la carne de Jesús y se habitúa, se acostumbra a vivir en la carne humana" (DÍDIMO el Ciego, *Tratado sobre el Espíritu Santo*, XI, 49). "Esta es la *Unción* que habilita a Jesús para su nueva misión mesiánica y salvadora. No hay misión sin Espíritu, ni Espíritu sin Jordán, ni Jordán sin carne para ser ungida... El Jordán y el Tabor son comienzo e itinerario hacia la Resurrección...: *el abrazo definitivo del Espíritu con la carne, del Creador con la creatura*" (S. IRENEO, A. H, IV, 20, 2).

<sup>59</sup> "Nosotros os anunciamos que la promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en favor de los hijos, que somos nosotros, suscitando a Jesús, como ya estaba escrito en el salmo segundo: *Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy*" (Act 13, 32-33). Cfr. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, cit. 75 ss.

El Espíritu es el que pone la vida de Cristo en nosotros, el que nos hace hijos en el Hijo, el que nos conduce siguiendo los pasos de Cristo, cuya Humanidad fue conducida por el Espíritu eterno (Heb 9, 14) a la glorificación (Jn 12, 23) fruto del holocausto de la Cruz: a la resurrección (Rom 8, 9-11. 14-17; Gál 4, 6; 1 Cor 12, 13). La humanidad de Cristo es el “órgano” de su divinidad para dar el Espíritu Santo. El mismo e idéntico Espíritu que fue dado a Cristo, que en él habita y le anima, es el que habita y anima a sus fieles, sus miembros. Así, “místicamente”, es decir, *por el Espíritu, se forma un solo ser filial, -el Cristo total que dice “Padre nuestro”; la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo por obra del Espíritu. Es la Iglesia que brota del costado abierto de Cristo en la Pascua del Señor, que comienza su fase peregrina en Pentecostés hasta la Parusía del Señor. “La efusión del Espíritu en Pentecostés - fruto del ofrecimiento redentor de Cristo y la manifestación del poder adquirido por el Hijo ya sentado a la derecha del Padre- formó la Iglesia”*.<sup>60</sup>

### C. PLEROMA “VERBI INCARNATI”.

*A partir de “la hora” de Jesús -en la consumación del misterio pascual- la doble misión conjunta e inseparable del Verbo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia. Ésta no se añade propiamente a aquella doble misión trinitaria, sino que es su sacramento. El misterio de la Iglesia, que nace “quasi in occulto” del costado abierto de Cristo -cuando la adquiere como esposa con el don de su vida por la que, movido por el Espíritu Eterno (Heb 9, 14) le obtiene el don del Espíritu-, y se manifiesta públicamente en Pentecostés, es el misterio de la cooperación de los hombres con el don del Espíritu que se derrama en los corazones como fruto de la Cruz. Él enriquece a la Iglesia con dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4ª) -gracias de mediación de oferta salvífica a la libertad (movimiento descendente)- para que los hombres cooperen libremente a la obra de la salvación, a la comunión salvífica con Él que la caridad opera (movimiento ascendente de la retorno al Padre por la gracia que conduce a la gloria), en orden a la progresiva formación del Cristo total: “pleroma” del Verbo encarnado, que suele describirse - en especial desde Bossuet-, como “el Cristo derramado y comunicado”; una encarnación “in fieri”, como una encarnación continuada que abarca el tiempo histórico de la Iglesia como sacramento universal de salvación hasta la formación del Cristo total.*

*En la fase peregrina de la Iglesia la santificación no alcanza todavía su pleno despliegue en la integridad de las dimensiones de la persona. San Pablo se refiere a ello con la expresión “primicias del Espíritu” (Rm 8, 23), “semillas” que el Espíritu Santo hace fructificar con la cooperación humana, que preparan y anticipan en la intimidad de los corazones la recapitulación final de todo en Cristo en un universo trasfigurado en el que Dios será todo en todos. (D)*

El don salvífico del Espíritu que Cristo mereció en la Cruz, *-don del Esposo-* posibilita y postula el don de la Esposa con cuya activa cooperación, se realiza la obra de la salvación. *He aquí por qué parece preferible privilegiar la imagen de la Esposa -la Virgen y Madre de Sión de la tradición profética y sapiencial-, que contribuye con su propia aportación a su propia autorrealización como pueblo de Dios Padre, que coincide con la estirpe espiritual de la Mujer del Protoevangelio y el Apocalipsis. La estirpe de la Mujer no es otra que el Pueblo de Dios Padre que tiene por cabeza a Cristo, vivificado por el Espíritu que brota de su costado abierto, que habita en el Cuerpo del Cristo total como en un templo, congregado por las “dos manos del Padre” hasta que se complete el número de los elegidos. Esa imagen subraya el rasgo esencialmente constitutivo -verdadera razón formal del ser de la Iglesia- en tanto que consumación del misterio de la alianza que es el Pueblo de Dios Padre como Pueblo sacerdotal, que debe cooperar con Cristo su Cabeza, por la fuerza del Espíritu, en la realización del designio salvífico del Padre. La autocomunicación de Dios por el Verbo en el Espíritu, culmina en el misterio de la unión sponsal de Cristo con la Iglesia en la unidad de los dos en un sólo cuerpo, en orden a la progresiva formación del Cristo total*<sup>61</sup>.

<sup>60</sup>Cfr. JUAN PABLO II, AG, 28-III-1990, 4. Sus espléndidas catequesis sobre la misión del Espíritu y su intervención activa en el Sacrificio de Cristo y en la Resurrección y acontecimientos pascales son de 1-VIII-90 y 22-VII-90.

<sup>61</sup>En el título del C.VIII de LG “La Santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia” I. de la POTTERIE (*María en el misterio de la Alianza*, Madrid, trad. BAC. p.4) percibe un eco del célebre texto de los Efesios (S,32): “gran misterio es este, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia”. “En este pasaje, el Apóstol alude al misterio fundamental de la Sagrada Escritura, el misterio de la Alianza entre Dios y su pueblo. En la Biblia, el símbolo constante de esta alianza, de este pacto, es la unión del hombre y la mujer en el matrimonio: Dios es el Esposo, e Israel (llamado con frecuencia la Hija de Sion) es la esposa; después

Comienza entonces el despliegue de aquella plenitud de Cristo (Ef 1, 23), en la Iglesia del Verbo encarnado<sup>62</sup>, por obra del Espíritu que brota de su Humanidad glorificada como fruto de la Cruz: el Cristo total que se va autorrealizando con su propia cooperación como esposa y corredentora, a lo largo de toda la historia de la salvación. Antes de Cristo venido actuaba ya aquella plenitud por anticipación incoativa y prefiguración dispositiva de la misma como encarnación antes de la Encarnación. Después de Pentecostés -como encarnación continuada- por derivación a través de la instrumentalidad sacramental de la Iglesia que comienza a formarse en el cenáculo de Jerusalén, primicias y germen de la plenitud escatológica del Cristo total.

**1. En que sentido se puede y se debe hablar de una Encarnación continuada, evitando todo pancristismo.**

H. Mühlen rechaza la imagen de la Iglesia inspirada en S. Ireneo y Bossuet, como encarnación continuada (Möhler), entendida como despliegue de su plenitud desbordante de verdad y de vida después de la consumación pascual de la Encarnación redentora. A mi parecer, esa negación deriva de no haber advertido suficientemente la inseparabilidad de la doble misión que aquí estudiamos monográficamente. Veámoslo a título de disgresión clarificadora (dada la difusión e influencia de este A. -sobre todo en los ambientes de "Renovación en el Espíritu").

En la Encarnación deben distinguirse, como veíamos, dos momentos sucesivos, en sentido no temporal sino lógico. En el primero el Espíritu Santo obra la unión hipostática (cfr. AG, 6-IV-1990, 1) de la humanidad que formó en el seno de María, con el Verbo, que asume a aquella humanidad personalmente comunicándola su propia hipóstasis. En el segundo, consecuencia de la gracia de unión -a ella connatural y como derivación necesaria-, la plenitud de gracia creada; una plenitud siempre creciente hasta la consumación Pascual (en el preciso sentido que hemos expuesto aquí), cuando desbordará como cabeza -nuevo Adán- de la nueva creación redimida -formando por obra del Espíritu, que se derrama desde su costado abierto, la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo, que es la Iglesia: su "pleroma".

H. Mühlen separa -en todo este proceso que acabamos de describir- la doble misión trinitaria, a mi juicio, más de lo debido. Ve en la Encarnación, como tal -en su primer momento constitutivo-, sólo la misión del Verbo que se une hipostáticamente a la Humanidad sin intervención del Espíritu; y la misión santificadora del Paráclito sólo en aquel momento consecutivo de santificación o unción de la Humanidad, ya unida, con la plenitud de la gracia creada en la santificación del fruto, concebido en el seno de María. Según Mühlen es esta Unción por el Espíritu, la que después de Pascua continuará en la Iglesia -en virtud de su participación en la mediación redentora del Ungido por el Espíritu- cuya existencia sobrenatural está ligada al Espíritu de Jesús, pero no al Verbo encarnado como tal.

Como consecuencia afirma Mühlen que la Iglesia no debe ser entendida como la encarnación continuada, según fórmula lanzada por Möhler y tomada posteriormente por la escuela romana. Conduciría una tal concepción, según él, a un misticismo "pancristista" en el sentido denunciado por la "Mystici Corporis" de Pío XII. La que continúa en la Iglesia es la presencia y acción del Espíritu personal que ha ungido a Jesús como Mesías con la plenitud de gracia creada (consecratoria y santificante, según nos dice) que sigue a la Unión hipostática, tal y como se manifestó especialmente en el Bautismo del Jordán (aunque lo fue desde la Encarnación).

"Una sola persona, la del Espíritu, en muchas personas, Cristo y nosotros, sus fieles". Tal sería la fórmula dogmática apta para "definir" el misterio de la Iglesia con el mismo rigor, precisión y concisión con que ha podido <<definirse>> el misterio trinitario como "tres Personas en una naturaleza" y el misterio de la Encarnación como "una persona en dos naturalezas", en plena congruencia con la

---

Cristo sería el Esposo y la Iglesia la esposa (cf. 2 Cor 11,2; Ef 5,32). Ahora bien, el Concilio nos invita también a situar a la Virgen María en este contexto del misterio <<esponsal>> de Cristo y de la Iglesia". Su virginidad consiste en el don total de su persona, que la introduce en una relación sponsal con Dios" (p.5) como "primera Iglesia" (Cf J. RATZINGER, H. Urs Von BALTHASAR, *Marie, première Eglise*. trad. Ed Paulinas, 1981), como la Mujer que representa todas las criaturas, al Israel de Dios, la humanidad prerescatada, que Dios ha desposado, para divinizarla en Él (Geneviève HONORÉ, *La femme et le mystère de l'Alliance*, París 1985) como hija de Sion en la que se cumple y culmina la historia de la salvación en el misterio de la Alianza, a cuya imagen está hecha la Iglesia, que brota de su materna mediación.

<sup>62</sup> J. M. CASCIARO, *Estudios sobre la Cristología de NT*, 192.

característica propia de la tercera Persona de la Trinidad. El Espíritu Santo es, en efecto, en la vida trinitaria, como el “*Nosotros en persona*” entre el Padre y el Hijo. Esta representación válida al nivel de la Trinidad inmanente (intradivina), continuará su manifestación y actuación en la Trinidad “económica”; es decir, el compromiso y la revelación de las personas divinas en beneficio del mundo y de los hombres<sup>63</sup>.

Congar objeta, justamente, a Mühlen *que descuida la religación de la Iglesia a la Encarnación como tal*. “¿No se dio primero la institución del los Doce por Jesús (cf. Mc 3, 14) y después la santificación y animación de los apóstoles por el Espíritu de Pentecostés? ¿Y la institución de los sacramentos, la entrega del mensaje evangélico y, posteriormente, la actualización de estos dones por la alianza en el Espíritu?”<sup>64</sup>

A mi modo de ver, *la objeción más de fondo* -que también afectaría a esta observación de Congar, si se toma demasiado tajantemente-, *es no advertir suficientemente la inseparabilidad de ambas misiones del Verbo y del Espíritu* en la historia de la salvación como “*incarnatio in fieri*”, tal y como aquí exponemos. *Inseparabilidad que es común a las dos direcciones, descendente* -oferta de salvación por gracias de mediación (Mühlen las llama de consagración, cfr. *Una mystica persona*, n.9, 71)- y *de retorno, por la inhabitación santificadora* que requiere -por la libre aceptación del don del Esposo, y la consiguiente cooperación con Él- el don de la Esposa, *para que se forme la Iglesia*. Ella no es sino el *pleroma del Verbo encarnado de cuya plenitud desbordante de mediación y gracia capital participa por obra del Espíritu*, que nos conquistó en la Cruz -en la redención adquisitiva a la que quiso asociar a María-, adquiriendo para sí la Iglesia, como Esposa que coopera con su Esposo y Cabeza para que se realice la obra de la salvación propia y ajena.

## **2. El doble movimiento de las misiones trinitarias en el origen y desarrollo de la Iglesia hasta su consumación final**

"Plugo a Dios llamar a los hombres<sup>65</sup> a la participación de Su vida no sólo individualmente -excluida toda relación entre ellos- sino constituirlos en Pueblo" (cfr. LG 11, GS 32), en el que Sus hijos, que estaban dispersos, se congregaran en la unidad por obra del Espíritu que brota -como fruto de la Cruz- del costado abierto de Cristo". Concluida la *misión salvífica del Hijo, envía* de parte del Padre el Espíritu que congrega y vivifica la Iglesia, que es la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo". (AG, 2). “*De unitate Patris, Filii et Spiritus plenus adunata*”<sup>66</sup>

Veamos ahora como se da en el origen y en la vida de la Iglesia *una coimplicación histórico-salvífica del Hijo y del Espíritu, en la virtud de la doble misión de ambos, siempre conjunta e inseparable (según la feliz metáfora de S. Ireneo, como “manos” del Padre), tanto en el nacimiento, como en todo el discurso de su progresivo desarrollo hasta su plenitud escatológica (como -por lo demás- hemos podido probar a lo largo de la historia entera de la salvación, desde las puertas del paraíso perdido)*.

La originación histórica de la Iglesia es el resultado de los actos de Cristo, sea en su fase histórica sea en su fase exaltada<sup>67</sup>. En esta última, es patente la acción “co-instituyente” del Espíritu

---

<sup>63</sup> H. MÜHLEN, *Una mystica persona*, cit. Es la tesis fundamental de la obra, extraordinariamente meritoria en muchos aspectos.

<sup>64</sup> Cfr Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, cit, 92 ss.

<sup>65</sup> Coherentemente con su condición creada constitutivamente coexistencial o social. Cfr. J. FERRER A., *La persona mística de la Iglesia*, cit., 801-822.

<sup>66</sup> S. CIPRIANO, cit, en LG. C II, *in fine*. Sobre *el Espíritu Santo y la unidad de la Iglesia*, vide la excelente exposición de J. R. VILLAR en su *ponencia* -del mismo título- recogida en las *Actas del Simposio sobre el Espíritu Santo y la Iglesia*, de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra de 1998.

<sup>67</sup> "Hoy se buscan en eclesiología no sólo los actos “fundacionales”, sino los actos “fundantes” del nuevo Pueblo de Dios, y no tanto los actos individualizados como la secuencia vital y unitaria de los *acta et passa Christi in carne*, que culmina en su muerte redentora y en su resurrección. Por eso puede decirse con todo rigor que “la Iglesia, cuerpo de Cristo, tiene su origen en el Cuerpo entregado en la Cruz –a impulsos de la unción del Espíritu– en la “sangre preciosa” (1 Pet 1, 19) de Cristo, que es el precio con que hemos sido comprados”. En esta perspectiva, la Última Cena y el mandato de recordar van a cobrar una significación fundacional y fundante de primer orden. Pero sin olvidar que “toda la acción y todo el destino de Jesús constituyen en una cierta manera la raíz y el fundamento de la Iglesia”. Cfr. para todo este apartado P. RODRÍGUEZ, *El Pueblo de Dios*.

Santo (Y. Congar). Jesús buscaba la conversión del Israel histórico y concreto que tenía ante sus ojos –que comporta la real posibilidad histórica de que los israelitas, hubieran acogido desde su libertad al Dios que les llamaba en Cristo– de modo tal que reconocieran a Jesús como el Cristo de Dios. Esta posibilidad dramática de la libertad –que Dios no sólo respeta, sino que funda ontológicamente, corriendo “el riesgo” de que se entorpezca el plan salvífico primordial de su voluntad antecedente, que quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad- implica, según se dé la acogida o el rechazo, rumbos diversos “fundacionales” para la Iglesia.

Así se comprende con facilidad que la “forma” de Iglesia que fundará Jesús no puede ser plenamente captada antes de que consume su vida en el misterio pascual y los Apóstoles comprendan a la luz del Espíritu que con tanta plenitud se derrama sobre ellos (fundamentos de la Iglesia postpascual), lo implicado en el rechazo de Jesús por parte de Israel. De ahí la acción constituyente de la misión del Espíritu Santo en la originación de la Iglesia. La fundación de la Iglesia presupone, por ello, el conjunto de la acción salvífica de Jesús impulsada y animada por el Espíritu eterno (Heb 9, 14), hasta su muerte y en su resurrección, pero incluye también la acción constituyente de la misión del Espíritu<sup>68</sup> que el Padre envía en nombre de Cristo mediador, inspirando decisiones de rango fundacional que configurarían su constitución definitiva<sup>69</sup>.

Veamos el doble movimiento en las misiones trinitarias en la vida de la Iglesia -ya constituida formalmente como tal, en su “*realitas complexa*” (LG 8<sup>a</sup>)-, hasta su consumación escatológica.

#### **a) Movimiento descendente. Las gracias de mediación como don del Esposo. (Dimensión petrina de la Iglesia).**

*Las dos manos del Padre no sólo hacen nacer la Iglesia, sino que la mantienen de continuo en su ser originario como institución visible, cuasi sacramento al servicio de la comunión invisible de Cristo en el Espíritu. La institución orgánicamente estructurada por los sacramentos, carismas y ministerios cuya raíz fontal es el misterio Eucarístico, que "hace la Iglesia", es constantemente recreada por aquella corriente vital Trinitaria de la doble misión, siempre conjunta e inseparable; ante todo en su movimiento descendente de oferta del salvación a través de gracias de mediación sacerdotal, profética y regal. El Espíritu asocia sacramentalmente a Cristo a personas concretas por la Palabra y los sacramentos, otorgándoles dones jerárquicos y carismáticos (que aquí hemos llamado gracias de mediación) para que tenga parte cada una de ellas en la obra de la salvación. En ellas toma cuerpo la institución (cambian las personas, pero ella permanece) como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada por los caracteres sacramentales y los carismas que los modalizan y orientan al cumplimiento de la vocación particular de cada miembro a lo largo de la historia, según la manera propia de participar en la misión salvífica de la Iglesia, para común utilidad; y siempre al servicio de la comunión salvífica con Dios y de los hombres entre sí que la caridad opera.*

Las gracias de mediación –los dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4 a)– por las que recibe de continuo el Pueblo de Dios, en su fase histórica, una estructura orgánica institucional como sacramento de salvación –pertenecen a la figura de este mundo que pasa. Son meros medios instrumentales, a manera de andamios (San Agustín)<sup>70</sup> –obviamente provisionales–, que se usan sólo

---

*Bases para su consideración cristológica y pneumatológica*, en <<Eclesiología 30 años después de "Lumen Gentium">>. Madrid 1994, 175 ss.

<sup>68</sup>La Comisión Teológica Internacional, recogiendo el consenso de la teología que sigue a *Lumen Gentium*, incluye dentro del “proceso de fundación de la Iglesia” después de la Ascensión del Señor, tres etapas finales: El envío del Espíritu Santo, que hace de la Iglesia una creatura de Dios (la “pentecostés” en la concepción de San Lucas). La misión hacia los paganos y la Iglesia de los paganos. La ruptura radical entre el verdadero Israel y el judaísmo.

<sup>69</sup>*Otra consecuencia* -de que la Iglesia, tenga su origen en la doble misión del Hijo y del Espíritu Santo según el designio de Dios Padre-, es que la categoría de "Pueblo de Dios" ha de entenderse -a la luz del Nuevo Testamento- en la perspectiva formalmente trinitaria y, por tanto, como "Pueblo del Padre", que da el ser a su Pueblo convocándolo en Cristo con el don del Espíritu (las dos manos del Padre) bajo la capitalidad del nuevo Adán. Todas las imágenes de la Iglesia -también la privilegiada por el concilio, Pueblo de Dios, de la que trata el capítulo 2 que es continuación temática del anterior, sobre el misterio de la Iglesia- designan siempre la totalidad de este misterio desde una peculiar perspectiva cada una <sup>69</sup>. Los destacados servicios que la idea de *Pueblo de Dios* presta para comprensión de la Iglesia como *sujeto histórico* -pueblo discernible entre pueblos-, podrían evaporarse hacia planteamientos de tipo político y colectivista, si no se comprende adecuadamente el <<misterio>> de ese pueblo sacerdotal que tiene por cabeza a Cristo y está animado por el Espíritu.

<sup>70</sup> S. AGUSTÍN, *Sermo* 362, 7; PL, 37, 1904. También los compara a los vendajes que suprime el médico una vez alcanzada la curación. (Cfr. *In Psal.* 146, 8; PL, 37, 1904).

mientras dura la construcción, al servicio de la edificación de la Iglesia –germen e instrumento del Reino de Dios–, según el “*ordo Charitatis*”. Están, pues, al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera por el libre “*fiat*” del hombre a la voluntad salvífica de Dios. Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo –ofrecido a través de aquélla mediación institucional de la Iglesia (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)–, que reclama y posibilita el libre don de la esposa, con el que contribuye así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su vocación particular. *Tal es el “rostro mariano” de la Iglesia*, que refleja su más íntima esencia, a cuyo servicio ha provisto su divino Fundador la dimensión jerárquica-petrina.

*La Iglesia es, pues, en su esencia, el misterio de la Esposa. Los poderes apostólicos sitúan, ciertamente, a algunos de sus miembros, del lado del Esposo. Pero su función, aunque necesaria, es provisional, está al servicio del buen ejercicio de su misión de Esposa, haciéndolo posible*<sup>71</sup>. *La misión petrina de la Iglesia tiene como razón formal hacer posible la actualización sacramental del don del Esposo, que capacita a la Esposa a aportar su propio don, libre y personal, asegurando la unidad de la fe y comunión del entero pueblo de Dios, mediante el ministerio de la palabra y los sacramentos. Éste tiene como raíz de su eficacia salvífica -y culmen de toda actividad eclesial (cfr. SC9)- la participación en el Cuerpo eucarístico de Cristo, con la que se forma su Cuerpo místico (cfr. 1 Cor 10,7). Se une así el don del Esposo -nuevo Adán- con la necesaria cooperación del don de la Esposa -nueva Eva- para que “se realice la obra de la redención” en la génesis y formación de la estirpe espiritual de la Mujer, hasta que se complete el número de los elegidos*<sup>72</sup>.

*La institución como medio de salvación (la comunidad sacerdotal organice structa) -que pertenece a la figura de este mundo que pasa-, y la comunión salvífica propia de la caridad, como fruto de salvación, no son, pues, magnitudes yuxtapuestas, sino inseparables y simultáneas como “realitas complexa” de estructura sacramental (Cfr. LG 8ª) en la fase histórica de la Iglesia peregrina como sacramento universal de salvación hasta la plenitud escatológica del Reino consumado*<sup>73</sup>.

---

<sup>71</sup>El don de Esposo equivale -como decíamos antes- al *opus operatum* que aseguran la Misa y los sacramentos a través del ministerio sacerdotal -y la infabilidad del Magisterio en determinadas condiciones- como oferta de salvación (de verdad y de vida). Pero ese don exige como condición de fecundidad salvífica la correspondencia de la Esposa con el suyo propio, aportando “lo que falta a la Pasión redentora de su Esposo”. (Cf. Col 1,14). Tal es el don de la Esposa, que la teología sacramentaria ha expresado con el tecnicismo “*opus operantis*”, que el Cc. de Trento expresa en términos negativos (“non ponentibus obicem”) en relación con los sacramentos; cuyo paradigma supremo y trascendente es la cooperación de María en el misterio de la Alianza salvífica en la restauración de la vida sobrenatural, desde el “fiat” de Nazaret al Calvario, como antes exponíamos.

<sup>72</sup> Una eclesiología eucarística, tan justamente favorecida en la *ortodoxia*, descubre, en virtud de esa presencia sacramental del cuerpo entregado del Señor la presencia de su cuerpo místico todo entero, o Iglesia universal, que “*inest et operatur*” (CD 11a) en las Iglesias particulares en las que se celebra la Eucaristía por el ministerio ordenado, “*in quibus et ex quibus*” vive la Iglesia universal, a cuya imagen -reflejando su multiforme diversidad de carismas- debe realizarse cada Iglesia particular (LG 23). *La eclesialidad no le hace al hombre. Sólo la recibe de ahí donde se encuentra*, de la comunidad sacramental del Cuerpo de Cristo que atraviesa la historia. Sólo en la unidad existe el uno, es decir, en la comunión con los otros que también son cuerpo del Señor. De ahí la necesidad de la comunión jerárquica con las otras comunidades (iglesias particulares) que celebran la Eucaristía, para que sea ésta legítima, pues todas deben hacerse de nuevo su Cuerpo participando en el Pan de vida (Cf. 1 Cor 10,17). *Por eso la comunión jerárquica es la que hace legítima la comunidad que celebra la Eucaristía; no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna*. Cfr. *Communio* notio “Institución de la Congregación para la doctrina de la fe” de 1994. *No es otra la razón formal del “munus petrinum”; asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de la actividad salvífica de la Iglesia (SC10)*. El primado de jurisdicción de Pedro asegura la unidad en la fe y en la comunión jerárquica de la Comunidad Sacerdotal orgánicamente estructurada con vistas a recibir la salvación como el don de Dios; la entrega redentora del Señor actualizada sacramentalmente en el misterio eucarístico. Cf. J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, cit, p.12 ss. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, ibid. *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Madrid 1984.

<sup>73</sup>En Occidente se ha dado en los últimos siglos una tendencia -que va remitiendo, afortunadamente- a describir la Iglesia en términos cristológicos, o a considerarla como constituida completamente por Cristo mientras que el Espíritu parece sobrevenir una vez establecidas las estructuras, para darles a éstas impulso y vida. Una tal óptica haría creer que el Espíritu pertenece a un segundo momento de la constitución de la Iglesia. No es suficiente asignar al Espíritu una función subsiguiente de animador y unificador de una “previa” estructura institucional de origen unilateralmente cristológico. Hay una presencia, siempre conjunta e inseparable, de Cristo y su Espíritu que excluye cualquier dualismo dualismo entre jerarquía y carisma en el seno de la Iglesia, porque el Espíritu que la anima derramando libremente sus carismas no institucionales en cualquier fiel (los que Rahner llama “carismas libres”) -sea simple fiel o perteneciendo quizás a la jerarquía-, es el mismo Espíritu “de Cristo”, que ha recibido el poder de comunicarlo al ministerio pastoral de los apóstoles, como precio de su sufrimiento redentor.

*Pueblo de Dios* no debe entenderse -toda insistencia es poca en este punto capital- como algunos han hecho, en clave política; pues, expresa -como, acabamos de ver- el misterio de la Iglesia en su integridad. *No es una categoría sociológica*

**b) Movimiento ascendente. El crecimiento del Reino de Dios por las gracias de santificación en la “communio sanctorum”. Dimensión mariana de la Iglesia.**

*Las gracias de mediación que estructuran orgánicamente la Iglesia-Institución como sacramento de salvación, están, -decíamos- al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera por el libre “fiat” del hombre a la voluntad salvífica de Dios. Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo -ofrecido a través de aquella mediación (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)-, que reclama y posibilita el don de la esposa -en la unidad de dos en uno del misterio eucarístico, consumación (“in via”) de la alianza-, contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios -el Reino de la voluntad salvífica de la Trinidad-, cada uno según su vocación particular.*

La comunión salvífica con Dios es fruto de la doble misión invisible -ascendente- del Verbo y del Espíritu en los corazones que libremente aceptan el don de Dios por la que retorna el hombre al Padre.

“En el ámbito del “gran misterio” de la Iglesia, todos están llamados a responder -como una esposa, según el paradigma de María “primera de la Iglesia”- con el don de sí al don inefable del amor de Cristo Redentor, único Esposo de la Iglesia, contribuyendo activamente a la obra de la salvación de sus hermanos los hombres por la comunión de los santos. Así se expresa el sacerdocio real, que es universal, que concierne, obviamente, también a los que reciben el sacerdocio ministerial” (MD, 27) (o cualquiera de los otros dones carismáticos o sacramentales, que no son sino concreciones particulares de la vocación genérica cultural -santificadora- que radica en los caracteres de los tres sacramentos de consagración permanente e indeleble).

En la actuación de aquel sacerdocio común a todos los “*Christi fideles*”, se va edificando, por el recto ejercicio de las gracias de mediación -que pertenecen a la figura de este mundo que pasa-, el “*ordo charitatis*” de la comunión salvífica con Dios. “*Caritas numquam exiit*” (1 Cor 13, 8). En la Iglesia celestial escatológica no habrá otra jerarquía que la del amor en la plena comunión del Cristo total *in unitate Patris, Filii et Spiritus Sancti plebs adunata* en un universo transfigurado, la “recapitulación” escatológica de todo en Cristo, del Reino consumado.

Por eso, la dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina (CEC,773), aunque esté estrechamente unida a ella y le sea contemporánea. Y ello no sólo porque María, “la Inmaculada” precede en el camino de la fe -de la fiel respuesta al don de Dios- a cualquier otro miembro de la Iglesia, incluyendo a Pedro y los Apóstoles (que siendo pecadores, forman parte de la Iglesia “*sancta ex peccatoribus*”), sino también porque el “triple munus” del ministerio jerárquico no tiene otro cometido que “formar a la Iglesia en ese ideal de santidad en que ya está formado y configurado en María”<sup>74</sup>.

---

*que se opone al gobierno.* Significa todos los bautizados, Papa y obispos incluidos, que comprende la totalidad de los *Christi fideles* que tienen por cabeza a Cristo y la *común dignidad* de hijos de Dios en los que habita el Espíritu santo como en un templo (LG 9b). Las distinciones que se dan en su seno son de orden funcional (unidad de misión y diversidad de ministerios o funciones (AA 2, 2)). En el itinerario del Pueblo de Dios *los pastores tienen una función propia*, un servicio específico que prestar que concierne a la unidad visible de la Iglesia en la fe y en la comunión, por el que preserva la continuidad de la identidad del cristiano en el tiempo y su armonía en el espacio, evitando así la caída en el iluminismo y en el individualismo. Por eso deben estar especialmente atentos en el Espíritu a los “signos de los tiempos” y a los testimonios proféticos que se manifiestan, *para discernir lo auténtico -sin ahogar el Espíritu- e integrarlo en el conjunto de la Iglesia para la progresiva construcción del reino de Dios.* El Espíritu Santo es el que anima a los pastores en sus decisiones para que sean conformes al Evangelio, inspirándoles -si no se cierran a sus luces y mociones- a acoger todas las manifestaciones del Espíritu. “Es el que impide constantemente a la Iglesia considerarse como un fin en sí misma y quien la mantiene en referencia final al Reino que viene y a su único Señor Jesucristo”. Cfr. L. SUENENS, *Une nouvelle Pentecote?*, París 1973, 20. K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*, Barcelona 1968. Una excelente exposición de conjunto actualizada con la mejor bibliografía sobre el tema, ofrece la ponencia de R. PELLITERO, *El Espíritu Santo y la misión de los cristianos, los carismas: unidad y diversidad*, en el simposio sobre “el Espíritu Santo y la Iglesia” de 1998 (Cfr. Actas).

<sup>74</sup> *La mediación de María incluye la más alta participación del sacerdocio de Cristo, superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser de orden hipostático), al común y al ministerial.* Según el Magisterio, en efecto, María es cooferente del sacrificio de Cristo y de su propia compasión; todo lo cual se hace presente en la Misa, que hace sacramentalmente presente el sacrificio del Calvario, que incluye la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán en la restauración de la vida sobrenatural que vivifica la Iglesia, nacida del Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer cuya imagen refleja. De su mediación materna derivan -subordinadamente a Cristo Mediador- todas las dimensiones de la Iglesia, incluidos los dones jerárquicos y carismáticos. Como dice Pablo VI, al proclamarla Madre de la Iglesia, es Madre de los pastores en cuanto Pastores (no sólo en cuanto fieles).

De ahí la importancia decisiva de la libre cooperación de los miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, para que –avanzando de claridad en claridad– crezcan en caridad, en una progresiva identificación con Cristo, “transformados en su misma imagen, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18), contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios, y a la santificación de los demás (en una proyección universal que trasciende el tiempo y el espacio)<sup>75</sup>. Es el ideal paulino de madurez cristiana propia del estado de varón perfecto en *un camino de ascensión espiritual en el que siempre cabe progreso* (cfr. Fil 3, 13), mediante la docilidad a las operaciones e inspiraciones del Espíritu, que plasma en nuestros corazones la caridad. Es ella la que nos hace cristiformes, haciéndonos partícipes más y más de la plenitud desbordante de Cristo por la fe viva: hijos en el Hijo, hasta alcanzar la unidad plena y consumada de la comunión con Dios en Cristo que será propia de la Iglesia al fin de la historia, cuando sea Dios todo en todos (1 Cor 15, 30) en el Reino consumado escatológico. Será una unidad con Dios en Cristo que, conservando la insuprimible distinción entre criatura y Creador, y aquella entre la diversas criaturas –lejos de todo monismo panteísta– tiene como paradigma –en el caso de la persona humana– la unidad misma de la Trinidad divina.

#### **D. LA DOBLE MISIÓN DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU EN LA ESCATOLÓGICA RECAPITULACIÓN DE TODO EN CRISTO.**

En la plena recapitulación escatológica de todo en Cristo (Ef. 1, 23) se cumple la plenitud de la filiación divina en Cristo –ya sin movimientos (salvíficos, se entiende)– en el Reino consumado de la Jerusalén celestial. Justamente ha señalado H. de Lubac, que *el alma separada, ya glorificada en el gozo de la visión beatífica, sólo llegará a la perfecta posesión de Dios* cuando supere una doble separación: la separación de su propio cuerpo por la propia resurrección corporal, y la separación (el “todavía no”) respecto a la plenitud del Cuerpo místico de Cristo, plenamente vivificado por el Espíritu –que llevará a su pleno despliegue y fructificación las primicias de la vida eterna propia de la inhabitación de la Trinidad en la oscuridad de la fe–; superación que sólo se dará cuando se complete el número de los hermanos. Ambos aspectos son coincidentes, ya que nuestra resurrección no será un fenómeno aislado, sino que tendrá lugar en la parusía, *cuando el número completo de los hermanos será corporalmente glorificado, en un universo transfigurado y “Dios sea todo en todos”* (1 Cor 15, 30).<sup>76</sup> Los bienaventurados esperan, pues, la consumación del reino de Dios en la recapitulación de todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo (Ef 1, 10) según la conocida doctrina paulina<sup>77</sup>. Según S. Agustín, se daría entonces también un aumento intensivo de la visión beatífica<sup>78</sup> por una nueva comunicación del Espíritu que llevaría así a su plenitud la filiación divina en Cristo, que redundaba en la redención del cuerpo (a), en un universo transfigurado (nuevos cielos y nueva tierra) en una última intervención del Espíritu enviado por el Padre –una vez consumada la obra de la redención con la cooperación corredentora de la Iglesia peregrina– en la recapitulación de todo en Cristo (b), cuando se cumpla al fin el número de los elegidos. Veámoslo.

a) “La divinización redundaba en todo el hombre como un anticipo de resurrección gloriosa”, – escribe el Beato J. Escrivá (*Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 103)– que se da ya incoativamente, como primicia de todo cristiano en gracia. La deificación de la carne en el estadio escatológico será – “corpore et anima unus”– pues, una espiritualización del cuerpo que tiene ya ahora una realización incoativa –“*las primicias del Espíritu*”– que nos hace gemir en nuestro interior, anhelando el rescate de nuestro cuerpo (cfr. Rm 8, 20 ss), para alcanzar así la plenitud de la filiación divina en Jesucristo<sup>79</sup>

<sup>75</sup> Cfr. sobre este tema de la comunión de los santos, J. FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia*, cit 844.

<sup>76</sup> I Cor 15,28. Santo TOMÁS no es ajeno a esta perspectiva. Pese a su acentuación de la escatología individual, escribe en C. Gentes (IV, c.50) que “*el fin de la criatura racional es llegar a la bienaventuranza, la cual no puede consistir sino en el reino de Dios, que no es a su vez otra cosa que la sociedad ordenada de los que gozan de la visión divina*”, en un universo transfigurado que sigue, por redundancia, a la resurrección gloriosa de toda carne (en los elegidos). Cf. S. Th. III,8,3,2.: “*Esse Ecclesiam gloriosam, non habentem maculam neque rugam, est ultimus finis ad quem perducimur per passionem Christi*”. Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988 (Encuentro) C. IV, 81 ss

<sup>77</sup> Cfr. H. DE LUBAC, o.c. p. 101.

<sup>78</sup> Cfr. C. POZO, *Teología del más allá*, cit.

<sup>79</sup> Sobre la espiritualización y deificación del cuerpo en el estado escatológico, cfr. JUAN PABLO II, Discurso del 9–XII–1981, en “*Insegnamenti di Juan Pablo II*” IV–2 (1981), 880–883. Cfr. también F. OCARIZ, *La Resurrección de Jesucristo*, en Cristo,

con una nueva intensidad, que San Pablo llama la redención del cuerpo: su transformación a semejanza del cuerpo glorioso de Cristo en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas (Fil 3, 21) por la fuerza del Espíritu: “se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual”, propias del cuerpo humano “totalmente sujeto al alma” (1 Cor 15, 27 y 42).

Una plenitud de redundancia de este tipo no parece otra cosa que la total santificación o deificación de la carne en su misma materialidad, todavía más difícil de entender para nosotros que la deificación del espíritu, pero no imposible. *La deificación de la carne* es, en efecto, el estado escatológico definitivo de la materia humana, que ya se ha realizado en Cristo y en su Madre en la Gloria. Esta espiritualización del cuerpo no se refiere, pues, sólo a la inmortalidad y a las otras propiedades que la acompañan (tradicionalmente llamadas dotes de los cuerpos gloriosos). El cuerpo glorioso es llamado espiritual sobre todo porque está viviendo por el Espíritu Santo (como escribe San Pablo en Rom 8, 11). *No se trata de una mera espiritualización sino, de una “deificación” de la materia.* Pero, si la deificación es la participación de la persona entera –el cuerpo también por redundancia connatural del alma– en la vida íntima de la Santísima Trinidad –en las eternas procesiones del Verbo y del Espíritu Santo– debe concluirse que *el cuerpo, substancialmente unido al alma deificada, participa en sí mismo en esa vida de Conocimiento y Amor intratrinitarios.* Hay, pues, una participación del cuerpo humano también en su materialidad –conformado al cuerpo glorioso de Cristo– en las procesiones eternas de Conocimiento y de Amor intratrinitarios<sup>80</sup>.

b) *Esta glorificación escatológica de la materia alcanzará también según la Revelación a toda la creación visible* -que está íntimamente unida al hombre, y que por él alcanza su fin (LG 51)-, que “espera ansiosa la manifestación de los hijos de Dios (...), con la esperanza de que también será liberada de la corrupción para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios (Rm 8, 18-21), en unos cielos nuevos y una tierra nueva” (Ap 21, 1). Se cumplirá así el designio divino de “recapitular todas las cosas en Cristo” (Ef 1, 10). La Iglesia en su estado escatológico será “la plenitud (Pléroma) de aquél (Cristo) que se realiza plenamente en todas las cosas. (Ef 1, 23), porque Cristo glorioso llenará (híma plerósei) todas las cosas” (cfr Ef 4, 10), y estas participarán “en Él de su plenitud” (*en autó pepleroménoi*) (Col 2, 10). En los santos la realidad de la gloria escatológica *será el cumplimiento final, en el espíritu y en la carne, del ser en Cristo específico de la vida sobrenatural en la plena comunión de la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo* por el Espíritu cuando, completado el número de los elegidos, Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 30) *en un universo transfigurado* (Rom. 8, 21; Ap 21 y 22).<sup>81</sup>

Puede, pues concluirse con el Card. Ratzinger<sup>82</sup> que “*la salvación del individuo es total y plena sólo cuando se haya alcanzado la salvación del universo y de todos los elegidos*, que en el cielo no se encuentran sencillamente al lado los unos de los otros, sino que los unos con los otros -en íntima comunión (fusión sin confusión)- son el cielo, el Cristo único: la plenitud del cuerpo del Señor, que habrá llegado entonces al pleroma de “todo el Cristo” en el don del Espíritu Santificador, haciéndole alcanzar su real totalidad cósmica. Entonces toda la creación será “cántico”, gesto divino generoso de la liberación del ser adentrándose en el todo, y al mismo tiempo, penetración del todo individual, alegría, en la que toda pregunta se resuelve y alcanza la plenitud”. *Sólo entonces alcanzará su plenitud la filiación divina en Cristo* que ahora poseemos como primicia del Espíritu en la esperanza de la redención de nuestro cuerpo en el universo renovado (Cfr. Rom 8, 18–24) de la recapitulación de todo en Cristo (Ef 1, 10).

## CONCLUSIÓN

---

Hijo de Dios y Redentor del hombre” (Actas del III Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra), Pamplona 1982., 756–761.

<sup>80</sup> Cfr. F. OCARIZ, *Hijos de Dios por el Espíritu*, cit 502. Estarán transfigurados (la figura de este mundo que pasa), lo cual implica que permanecerá su sustancia tras los cataclismos escatológicos que acompañarán -según la Escritura- la última efusión del Espíritu que *todo lo purifica y recrea* renovando la faz de la tierra. (Cfr. 2 Pe 3, 16, donde habla de renovación del universo en el día del Señor -tan anunciado por los profetas de V. T.- “en el que pasarán con estrépito los cielos”: *nuevos cielos y nueva tierra*).

<sup>81</sup> Cfr. F. OCARIZ, *La mediación materna*, , cit. in fine.

<sup>82</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Escatología*, p. 282.

Dios siempre tiene la iniciativa. Él es siempre "el que ama primero" (1 Jn 4,19), derramando gratuitamente su libre don. Pero, el *don* salvífico del Padre, en la *doble misión del Verbo y del Espíritu -las dos manos del Padre*, que reúnen a sus hijos dispersos por el pecado de los orígenes-, sólo fructifica en la *tarea* de cooperación creatural. A ella hace referencia la categoría clave de la Escritura, que no es otra que la *alianza salvífica* -anunciada ya en el Protoevangelio (Gn 3, 15)- en su progresiva realización histórica, *la plenitud del reino consumado, cuando se haya completado el número de los elegidos*, que vio S. Juan en Patmos en la imagen de la nueva Jerusalén -nuestra Madre (Gal.4,26)- que desciende del cielo como Esposa engalanada para su Esposo (Ap 21,2): "tabernáculo de Dios entre los hombres" (Ap 21,3) en el pleno cumplimiento escatológico de la nueva y eterna alianza.

*La Iglesia, en tanto que Esposa de Cristo* (que refleja -como una "mystica persona"- los rasgos de María, Virgen y Madre -nueva Eva-, su arquetipo trascendente), coopera con Él, en interna y recíproca comunión vital con su Esposo y Cabeza, en la progresiva formación del Cristo total.

*No otra es la razón formal del misterio de la Iglesia peregrina como instrumento universal de salvación: la necesidad de cooperar con la gracia* (con el *don del Esposo*), mediante la libre aportación del *don de la Esposa* (a imitación del "Fiat" de María), para que se realice la obra de la Redención, reuniendo a los hijos de Dios dispersos por el pecado del *primer Adán* bajo la capitalidad del *nuevo Adán*. "*Omnes censemur in Adam donec recensemur in Christo*" (Tertuliano, *De anima*, 6), que recapitula todo como cabeza de la nueva Creación.

*"Partus Mariae, Christus; fructus Ecclesia"*<sup>83</sup> el Cristo total; la estirpe espiritual de la Mujer del alfa y del omega, del Génesis y del Apocalipsis; que incluye -en la recapitulación final- a todos los elegidos, desde el justo Abel<sup>84</sup>; *el fruto de la libre cooperación del hombre, con el don salvífico de Dios*, que deriva de la plenitud desbordante de la gracia capital de Cristo constituido en la Cruz Cabeza de la nueva humanidad (nuevo Adán). La Iglesia "*pleroma Christi*" será, en su consumación final, el Reino escatológico de la Jerusalén celestial (Ap 21,2) "*ubi pax erit, unitas plena atque perfecta*"<sup>85</sup>, en la comunión perfecta en Jesucristo Cabeza de los elegidos (desde el justo Abel), con Dios Padre por la fuerza del Espíritu -el Cristo total-, en un universo transfigurado.

---

<sup>83</sup> La tradición medieval se complace llamar a María "*Consummatio synagogae*". Sto. Tomás la llama "*mater et figura synagogae*" (de Israel). Todo Israel se recoge y condensa en su persona (la "Hija de Sión" mesiánica). Comienza con ella el tiempo mesiánico; el tiempo de la Iglesia hasta la consumación final de la historia de la salvación. La maternidad de María se extiende, pues, de Abel al último de los elegidos. Cfr. I. de la POTTERIE, *María en el misterio de la alianza*, cit. 24 ss.

<sup>84</sup> *Se supera así todo "pancristismo" justamente denunciado por la "Mystici Corporis"*: la relación sponsal solo es concebible en la *alteridad ontológica de dos en uno*, en la íntima comunión de la alianza conyugal celebrada en la Pascua del Señor, y consumada "*in via*" en el misterio Eucarístico "que hace la Iglesia" hasta la plenitud del Reino consumado en las bodas escatológicas del Cordero. Cfr. 1 Cor. 10, 17; SC 9).

En otros estudios teológicos, como *La persona mística de la Iglesia esposa del nuevo Adán*, en "Scripta theologica", 1995 (27) 789-860, he procurado mostrar que *la Iglesia Esposa de Cristo subsiste como Persona*, en sentido propio, no meramente metafórico -muy distinto del propuesto por H. MÜHLEN, "Una Persona -la del Espíritu- en muchas personas, Cristo y nosotros, sus fieles", que es puramente metafórico), en *la Iglesia fundada sobre la firme roca de Pedro, en virtud de la materna mediación de María*, "la Madre de los vivientes" (nueva Eva), como *sacramento y arca de salvación* -la "Catholica"- *que atrae por obra del Espíritu a su seno* materno a todos los hombres de buena voluntad, *formándose progresivamente así la estirpe espiritual de la Mujer* -profetizada en el Protoevangelio y tipificada por toda una corriente mesiánica femenina en el trasfondo bíblico de la Hija de Sión- que no es otra que "el Pueblo mesiánico que tiene por cabeza a Cristo y la común dignidad de hijos de Dios en los cuales habita el Espíritu Santo como en un templo" (cf. LG,9b).

Sobre la noción de persona -subsistente y relacional- en la que me apoyo-muy diversa de la de J. MARITAIN, que defiende también, Cfr. *L'Eglise personne et son personnel*, París 1970, la personalidad en sentido propio de la Esposa de Cristo) cfr. J. FERRER ARELLANO *Metafísica de la relación y de la alteridad*, y en *Fundamento ontológico de la persona*, en "Anuario Filosófico", 1994, 990 ss.

<sup>85</sup> S. AGUSTÍN, *Tract 26 in Ioann*, sub fine.